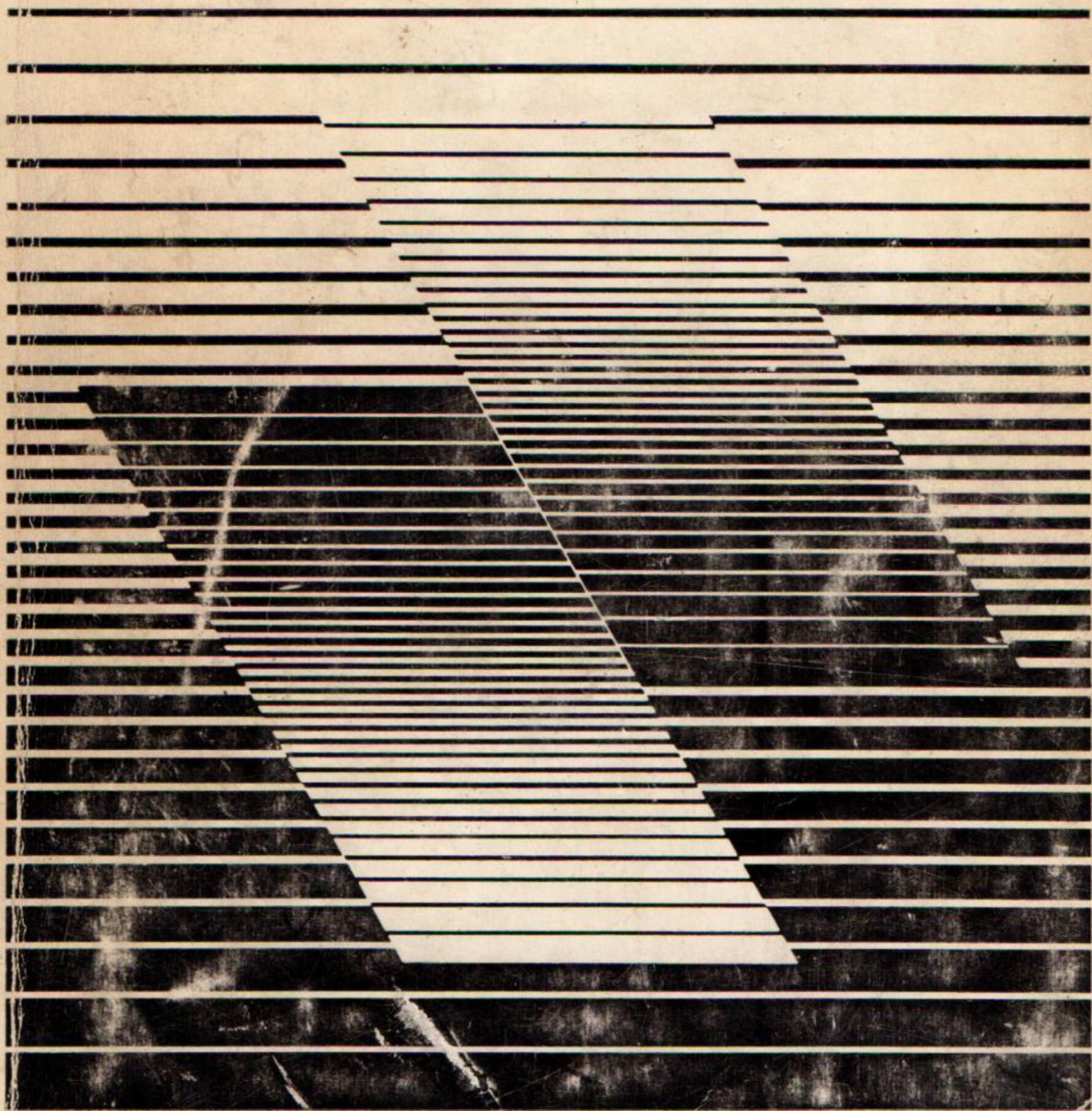




MONTE AVILA EDITORES

EL LENGUAJE COMO TRABAJO Y COMO MERCADO

Ferruccio Rossi Landi



I

EL LENGUAJE COMO TRABAJO Y COMO MERCADO*

1. *El trabajo humano lingüístico*

LAS PALABRAS, como unidades de la lengua, son productos del trabajo lingüístico; nos servimos de tales productos como de materiales e instrumentos durante un trabajo lingüístico ulterior con el cual se producen mensajes. Este grupo de proposiciones nos lleva al centro de la discusión.

Mediante un procedimiento semejante al que permitió a la economía clásica lograr la noción generalizada de trabajo no lingüístico, es posible llegar a una noción generalizada de trabajo lingüístico.

Me limitaré a recordar aquí cómo, por ejemplo Marx, en una página escrita en su juventud, observara que los fisió-

* Más o menos la mitad de una redacción precedente había sido leída en inglés, con el título "Labour and Trade in Language", en el Seminario de Filosofía de la Cornell University, en ocasión de las celebraciones para el Primer Centenario de esa Universidad, el 29 de abril de 1965. En este ensayo se hace deliberada abstracción de algunas distinciones importantes, como aquéllas entre signos naturales y artificiales, entre signos, señales y símbolos, entre discurso oral y escrito; el término 'palabra' es usado por ahora de manera amplia, para cualquier unidad de significante y significado es decir para cualquier signo lingüístico de nivel elemental; y el término 'mensaje' para lo que es dicho (o escrito) para comunicarse, y que es efectivamente transmitido, recibido e interpretado (o sea, para un conjunto de palabras provenientes de una lengua y organizadas de determinada manera, incluyendo por cierto también los mensajes constituidos por una sola palabra). A algunas de estas cuestiones volveremos en los ensayos siguientes. [Aparecido, sólo con referencias insertas en el texto, en *Nuova Corrente*, 36º, pp. 5-43].

cratas, cuando consideraban a la agricultura como único trabajo productivo, no abarcaban aún el trabajo en su generalidad y abstracción: lo ligaban aún "a un particular elemento natural como su materia" y entendían aún su producto "como una riqueza determinada, pertinente más a la naturaleza que al trabajo mismo". Esencia de la riqueza, generador del valor es, en cambio, el trabajo en general.¹ Esta misma conclusión ya había sido generalizada por Hegel aún antes de la *Fenomenología*, comentando la cual Marx repite que el hombre mismo es el "Resultado de su propio trabajo", y que es "sólo mediante la acción común de los hombres, sólo como resultado de la historia", que las "fuerzas de la especie humana" (*Gattungskräfte*) son explicitadas.²

El punto esencial es el siguiente: si no queremos admitir que algo *humano* existe para el hombre sin intervención del hombre mismo, debemos atenernos al principio de que toda riqueza o valor, entendidos como sea, es el resultado de un trabajo que el hombre ha cumplido y puede volver a cumplir. Generalizando, entre cualquier producto o resultado humano en cuanto ausente, y el mismo producto o resultado humano en cuanto presente, hay una diferencia que puede explicarse (de la cual puede darse razón) sólo en los términos del trabajo realizado por los hombres para conseguirlo. La categoría más general de estos productos es el hombre mismo, resultado histórico de su propio trabajo.

De la comprobación de que las palabras y los mensajes no existen en forma natural, porque son producidos por los hombres, se llega inmediatamente a la conclusión de que también ellos son productos del trabajo.

Es en este sentido que puede comenzarse a hablar de *trabajo humano lingüístico*. La expresión tiene el valor de poner este tipo de trabajo al mismo nivel del trabajo "manipulativo" o "transformativo" con el que se producen los objetos físicos.³ De tal manera, el trabajo lingüístico y el no lingüístico, como especies arbitrariamente separadas en

general, son llevados nuevamente a la clase a la que pertenecen con iguales derechos. Se quiere hacer unitaria la definición del hombre como animal que trabaja y habla, y que se distingue de todos los demás porque produce instrumentos y palabras, (o mejor, como veremos a continuación, utensilios y enunciados) y con tal producción, que constituye "lo social", se forma históricamente a sí mismo.

Hablo a propósito de *Trabajo* y no de *Actividad* porque las palabras y los mensajes, que son productos, constituyen la realidad social concreta de la que debemos partir. Perderíamos el contacto con tal realidad si considerásemos al lenguaje solamente como una actividad, cuyo fin esté en la actividad y no en el hecho de distinguirse de ella (según la famosa y siempre válida distinción aristotélica).⁴ Como señalaba Hegel cuando estudiaba a Adam Smith, la actividad que satisface a la necesidad de manera inmediata es prehumana. Para que el hombre se forme, es necesario que se rompa la inmediatez: que entre necesidad y satisfacción se introduzca el trabajo. Es solamente con el trabajo que surge en el hombre algo universal.⁵

Pero, cuando en el lactante que balbucea las primeras palabras comienza a formarse algo universal, ¿de qué otro trabajo puede tratarse sino del trabajo lingüístico con el cual entra en contacto con sus semejantes y de esa manera aprende a satisfacer mejor las propias necesidades? Nos encontramos frente a esta disyuntiva: o bien rechazamos el descubrimiento hegeliano del carácter antropogénico del trabajo; o bien, dado que tal carácter corresponde también al lenguaje, debemos admitir el carácter de trabajo del lenguaje mismo. Mera actividad es tal vez la actividad signica, como en los animales; o bien es el retomar espontáneo de los productos del trabajo, tal como los encontramos en su nueva inmediatez de objetos pseudo-naturales. La misma actitud tomada contra la reducción del trabajo lingüístico a actividad es asumida contra las reducciones comunes del trabajo lingüístico a mero *comportamiento*.

Sería extraño que el hombre, cuando desarrollando una actividad *produce* algo, por una parte trabajase y por la otra no. Si las lenguas no fueran productos y el lenguaje no fuese trabajo, serían algo solamente natural, es decir hipo-histórico, como la digestión o la respiración, o bien algo solamente no-natural, es decir meta-histórico. En el primer caso, falta todo elemento diferencial entre el hombre y "los otros animales", también ellos capaces de respirar y digerir, y sin embargo, incapaces de hablar. Nos vemos limitados entonces a comprobar que el hombre "tiene la capacidad" de hablar y los animales no; o bien, con reduccionismo biológico, para explicar la aparición y presencia de un fenómeno extremadamente complejo como el lenguaje y las lenguas, se pretende hacer pasar una u otra característica biológica del animal hombre, para el caso considerado justamente como mero animal. En el segundo caso, el lenguaje y las lenguas son vistas como algo substancialmente extraño a la relación del hombre con la naturaleza. Esto significa la aceptación previa de cierta forma de dualismo ontológico y nos lleva por último a explicaciones como la creación divina de un hombre dividido en alma y cuerpo (tal vez en la reciente variante de la introducción del alma dentro del proceso evolutivo) o como la presencia hiper-histórica de un "espíritu" humano, a la manera de los idealistas metafísicos.

Puesto que en el primer caso habríamos considerado al lenguaje y a las lenguas como condicionadores del proceso histórico por así decir desde abajo, y en el segundo caso por así decir desde afuera, entre otras cosas, nos quedarían por explicar las relaciones entre trabajo lingüístico y trabajo no lingüístico. O sea que si admitiésemos que lenguaje y lenguas no pertenecen a la historia, o no enteramente, o no en su raíz y en su justificación, ¿qué deberíamos decir del trabajo no lingüístico y de sus productos? Por lo menos tal trabajo, ¿será característico de la historia humana como proceso de intercambio orgánico entre el hombre y la na-

turalidad y de los hombres entre sí? ¿O en él deberemos también entrever una raíz hipo o hiper histórica? Nos vemos inducidos a formular estas extrañas preguntas diferenciales por la imposibilidad de considerar el trabajo y la producción no lingüística como algo aislado e independiente del lenguaje. Si intentamos responder, anticiparíamos una casuística absurda.

Todas estas fantasías pueden evitarse si recordamos con Marx y Engels que el lenguaje, como la conciencia, surge de una carencia, de una necesidad de relaciones con otros hombres.⁶ Está claro que aquí la palabra 'hombre' es usada dialécticamente, con la mirada vuelta a la *formación* de su significado. Cuando se habla de la necesidad de relaciones de un *hombre* con otros *hombres*, no quiere decirse con ello que todos esos hombres ya estén formados. Estos se forman, en cambio, precisamente en el proceso de la institución de aquellas relaciones. Cuando decimos que el *hombre tiene*, entre otras necesidades, también la de expresarse y comunicarse, describimos una noción de hecho referida a la situación presente, o por lo menos a una situación ya evolucionada, en la cual los hombres ya existen con esa medida de realización que la evolución ha permitido. Si hacemos remontar la necesidad hacia el pasado, terminamos por hallar una zona donde las expresiones mismas adquieren un carácter dialéctico especial, que llamaría de *prolexis lógica*. Superada la fase de las primeras formas, animalescas e instintivas, de apropiación inmediata de objetos existentes en la naturaleza, solamente el trabajo humano puede satisfacer una necesidad humana; solamente un trabajo complejo como el lingüístico puede satisfacer la compleja necesidad humana de expresarse y comunicarse. La complejidad del trabajo está determinada por la complejidad de la necesidad y, a su vez, la determina exactamente como ocurre con el trabajo manipulativo o transformativo. El lenguaje, y las lenguas tomadas como sus productos, se forman *en la* dialéctica de la satisfacción de las necesidades, o sea dentro

del proceso de institución de las relaciones de trabajo y de producción; también el lenguaje es trabajo humano, y las lenguas son su objetivación necesaria.

Se trata pues en primer lugar de una actividad social que exige el uso de técnicas colectivas y comunitarias. Debemos decir 'colectivas' o 'comunitarias' antes que 'intersubjetivas' porque este último término haría pensar en la coexistencia de sujetos independientes que *después logran* desarrollar un trabajo y aplicar una técnica: un trabajo y una técnica suficientemente similares para cada uno de ellos como sujetos ya separados. En otras palabras, podemos llamar intersubjetivas a estas técnicas sólo *a posteriori*, cuando pensamos nuevamente-reunibles-en-una-comunidad a individuos que habíamos asumido separados los unos de los otros en la medida en que habíamos descuidado el carácter social de su origen y formación. Desde este punto de vista, la intersubjetividad es ese relativo empuje hacia lo comunitario, que el egoísmo burgués está dispuesto a ejercer después de haber proyectado sobre el mundo el aislamiento de los individuos, es decir, la ideología que les permite ser lo que son. Y sin embargo, es solamente gracias a la aplicación comunitaria de esas técnicas, al desarrollo colectivo de ese trabajo, que los sujetos se diferencian poco a poco, y cada vez más nítidamente, los unos de los otros. Es sólo secundariamente al hecho de responder a las necesidades de toda la comunidad, que el lenguaje responde a las necesidades del individuo. Que las lenguas no sean "creaciones del individuo", sino productos de la comunidad, es una proposición sobre la cual ya, a pesar de los despropósitos anti-hegelianos de algunos neo-idealistas, reina un acuerdo suficiente. En cambio, muchos lingüistas y filósofos abiertamente u ocultamente todavía neo-idealistas se obstinan absurdamente en considerar *social el producto e individual el trabajo* que lo produce. En polémica con ellos, hay que insistir sobre la naturaleza social del lenguaje mismo, o sea del trabajo lingüístico que preside la formación y la puesta

en acción del material de que están formadas las lenguas. Confróntese la imposible posición contractualista de un Vendryès: "Il y a comme un contrat tacite établi naturellement entre les individus du même groupe pour maintenir la langue telle que la prescrit la règle".⁷ Donde, poco más o menos, la regla se explica por el grupo y el grupo por la regla, los individuos por el grupo y el grupo por los individuos, y todo es confiado al orden natural.

En el lenguaje hay ciertamente un aporte individual que nadie pretende discutir. Lo aclaró el Saussure "oficial" del *Cours de linguistique générale* con el concepto de *parole* o "hablar" (también "habla"). Yo diría que tal aporte es visto principalmente como (i) lo que el individuo excepcionalmente añade al patrimonio de la lengua; (ii) idiolecto, estilo individual en la construcción de mensajes (incluyendo la realización de obras literarias, donde entran sin embargo muchos otros elementos, extraños al presente discurso); (iii) tautológica aserción del hecho de que todo ser hablante... es él quien habla; (iv) mera actividad fisiológica del que está emitiendo o registrando sonidos articulados, sin hacer referencia al significado ("*speech, the gross physical performance of talking [including its written substitute] without reference to meaning*").⁸ Por cierto que la presencia del proceso físico del hablar (iv) y la tautología individualista (iii) han contribuido a desviar la atención de esto, ya que ni siquiera en (i) y en (ii) el aporte individual puede explicar el hecho social de que a pesar de todo se habla, y se habla en y con una lengua ya construida; con menos razón puede substituirse a aquél. El engaño de la *parole* individual proviene del hecho de que una palabra determinada es puesta nuevamente en vigor por el hablante individual; pero esto hace individual el trabajo del hablante particular solamente en el sentido en que también es así el trabajo del artesano u obrero individual que, volviendo a aplicar un modelo dado sobre sus materiales, con instrumentos y en un ambiente que son sociales, produce *ese* par

de zapatos o llena y sella esa botella de vino. La elaboración, esa elaboración, es individual, porque es considerada individualmente; pero *el modelo de la elaboración es social*. A los sostenedores del carácter individual de la *parole* se les escapa pues que sin una comunidad de individuos la *parole* misma no sería puesta en ejercicio. Parece que el Saussure que permaneció inédito hasta 1954 y 1957⁹ también habría transitado por este camino. Pero podemos remontarnos a 1845-46: en la *Deutsche Ideologie* la idea de una lengua privada es denunciada como contradictoria (se verá en ella también una raíz de la metafísica): "die Sprache ist das praktische, auch für andre Menschen existierende, also auch für mich selbst erst existierende wirkliche Bewusstsein",¹⁰ o sea: "la lengua es la conciencia práctica, existente también para otros hombres, que sólo de tal manera llega a existir realmente también para mí mismo".

El trabajo lingüístico socialmente entendido debe pues recordarnos la *parole* del Saussure oficial y, en general, los actos lingüísticos concretos individuales de los que tanto hablan los lingüistas, sólo en la medida en que la *parole* y los actos lingüísticos se oponen a la *langue* como producto. Más bien, el trabajo lingüístico está de parte del *langage* en cuanto se opone ya sea a la *parole* porque es algo colectivo antes que individual, ya sea a la *langue* porque es trabajo antes que producto. Al hacer del *langage* la mera unidad de *langue* y *parole*, se nos obstruye el estudio de las técnicas colectivas y comunitarias del lenguaje. A la división bipartita entre lengua y habla debemos substituir una división tripartita: el trabajo lingüístico (colectivo) produce la lengua (colectiva) sobre la cual y con la cual se ejercita el habla de los individuos, cuyos productos afluyen en el mismo depósito colectivo del que se habían sacado los materiales e instrumentos.

Si ésta es la posición del trabajo lingüístico con referencia a una famosa distinción de la lingüística, ¿cuál es su posición con referencia a otra distinción igualmente famosa

de la filosofía analítica, como la que hace Gilbert Ryle entre *speech* (habla) como *trade* (comercio, respecto al oficio que se desempeña) y *language* (¿lenguaje o lengua?) como *capital*? "La lengua es al habla lo que el capital es al comercio" sostiene Ryle; pero lo que entonces queda afuera es justamente el trabajo lingüístico. Probablemente gravite aquí la falta de una distinción entre 'lenguaje' y 'lengua' cubiertos ambos solamente por *langage*. El *speech* es entendido por Ryle como un comercio que se produce usando una lengua considerada ya existente y a su vez entendida solamente como capital monetario o, a lo sumo, sólo constante. En el uso de una lengua él ve un intercambio, no el trabajo que hace existir a los productos objetos de intercambio. Cuando ejemplifica situaciones de trabajo, lo hace en comparación con una segunda lengua que va siendo aprendida por el que ya posee el inglés como lengua materna.¹¹ Confróntese tal *mercantilismo lingüístico* con lo que se dirá en los párrafos 3 y 4.

Estas últimas observaciones nos permiten aludir a un aspecto del trabajo lingüístico que tiene particular importancia en la discusión filosófica contemporánea. Dentro de todas las lenguas reales o posibles puede individualizarse, como su parte constitutiva necesaria y fundamental, una especie de "palabra colectiva" que desde hace tiempo he bautizado *parlare comune* (*common speech*, habla común) para distinguirla tanto de la *parole* individual de los saussurianos como de la lengua ordinaria o cotidiana o coloquial de los oxonienses, como también de las lenguas técnicas o especiales o ideales de los constructores de modelos genéricos.¹² En cierto sentido se trata de una síntesis de las tres concepciones singularmente refutadas. El habla común es una especificación del lenguaje, no de ésta o de aquella lengua solamente; y es una especificación social, no individual. Como especificación que se logra investigando, el habla retiene en parte el carácter de una lengua especial. Pero la oposición más importante sigue siendo aquélla con-

tra las concepciones oxonienses. Las nociones de lengua ordinaria o cotidiana o coloquial, y otras semejantes, no pueden no referirse a aspectos presentes dentro de una determinada lengua natural en un determinado momento de su desarrollo histórico: constituye abstracciones hechas sobre la lengua, partiendo de ella tal como se nos presenta. El habla común, en cambio, es ese conjunto de técnicas sociales a las que el individuo no puede no recurrir si quiere hablar y comunicarse, y sobre las cuales se apoyan todos los desarrollos lingüísticos especializados. Es el habla común a las distintas lenguas la que asegura la traducibilidad de una a la otra —en la medida en que no choquemos contra una intraducibilidad debida a las *diferencias* entre las lenguas (considerando el distinto nivel de lo traducible y de lo intraducible, se elimina la aparente contradicción; tal vez sea justamente aquí donde halló su límite B. L. Whorf).¹⁸ En el habla común se expresa el hecho de que el lenguaje, satisfaciendo necesidades sociales, es un instrumento no ya del individuo sino de la sociedad. La misma presencia simultánea de millares de lenguas muy diferentes entre sí aún cuando desempeñen las mismas funciones, es decir, que todas satisfagan las necesidades fundamentalmente similares del expresarse y del comunicarse, no remite en absoluto a cierta mítica unidad de origen de todas las lenguas, y mucho menos a una unidad naturalista por derecho del género humano. La similitud de las funciones desarrolladas por las distintas lenguas proviene del hecho de que, en el proceso histórico del desarrollo del lenguaje, están representadas necesariamente las formas generales de la formación social, o sea las relaciones fundamentales de trabajo y de producción que distinguen cualquier sociedad humana de cualquier sociedad pre-humana (*solamente* animal). La naturaleza *humana* es su historia, que comprende la relación con la naturaleza no-humana. De todo eso proviene también el significado social de la palabra y el condicionamiento social de las

mismas formaciones morfológicas y sintácticas, señaladas por muchos lingüistas.

Leonard Bloomfield sostenía precisamente que “la división del trabajo, y con ella la operación completa de la sociedad humana, se debe al lenguaje”.¹⁴ Tenía razón si se refería al carácter unitario del proceso; pero estaba ciertamente equivocado si con ese “se debe al” entendía afirmar la *prioridad* del trabajo lingüístico sobre el no-lingüístico. Prioridades tales no existen ni en uno ni en otro sentido. Discutir si se han formado primero los productos y los instrumentos físicos como extensiones del brazo, y las palabras como extensiones de la mente, es doblemente absurdo: porque ambas cosas se desarrollaron al mismo tiempo, y porque la mente, fenómeno social, es en sí misma esa doble extensión, se forma con ella. Digamos más bien que el hombre, ente que se hace a sí mismo, animal productor de instrumentos y de palabras (de utensilios y de enunciados), se ha hecho y continúa haciéndose produciendo unos y otras, y sirviéndose de los mismos. Para instituir relaciones de trabajo y de producción, el hombre también debía hablar, comunicarse: ello ocurrió en el curso mismo de esa institución, de manera inextricablemente unida y solidaria, puesto que el hombre no se habría puesto a hablar y a comunicarse sin instituir esas relaciones. La producción de signos es una institución de relaciones de trabajo y de producción de igual manera como estas relaciones *son* signos. La palabra es el objeto que puede ser usado nuevamente.

El sentido en que toda investigación sobre el origen del lenguaje puede ser fútil reside pues justamente en la imposibilidad de establecer un antes y un después entre los dos tipos de trabajo que consisten en la producción de objetos físicos, aptos para satisfacer mejor necesidades como la nutrición y la protección, y objetos *signicos*, lingüísticos y no lingüísticos, aptos para satisfacer mejor la necesidad de expresarse y comunicarse. *El proceso es unitario* —parecería superfluo añadir que lo es también, y principalmente,

frente a la dicotomía físico-mental: ya sea un objeto manufacturado como una lanza que habrá de arrojarse sobre una presa, ya sea una palabra que se habrá de dirigir a otro hombre, ambas cosas lo son de manera constitutiva.

2. Trabajo, producto y uso del producto

Es corriente la observación de que el trabajo lingüístico, a pesar de su inmensa complejidad, a menudo es desarrollado por todos los hablantes y oyentes sin que se preste atención alguna a las técnicas puestas en acción. A lo sumo, se observa, hablantes y oyentes tienen presente el fin de la conservación, la meta por la cual se están comunicando: es decir, cierto efecto casi siempre extra-lingüístico que quieren obtener o que deberán soportar. Pero a menudo no tienen un fin; y simplemente hablando, se expresan a sí mismos y se mantienen en contacto comunicativo. El uso del lenguaje se presenta como algo natural: a primera vista, casi parece que el hombre habla como el pájaro vuela y como nada el pez.

En tales observaciones puede ocultarse algún equívoco. La naturalidad del hablar es un hecho social, y es el fruto de un ejercicio bastante largo del individuo y de una tradición bastante larga del vivir social. Se trata de una *pseudo-naturalidad social*. En el lenguaje no pensamos, y parece fluir por cuenta propia, no sólo porque hemos aprendido todos muy bien a usarlo en dos o tres lustros de estudios durante los cuales hemos empeñado gran parte de nuestros recursos; sino también y en primer lugar porque tal aprendizaje, de manera preponderante, tuvo como objeto un patrimonio ya constituido de instrumentos (o utensilios) con las reglas de empleo. Pero en ningún caso el aprendizaje individual del lenguaje dentro de una lengua consistió en la producción de los instrumentos de los que cada lengua hoy consiste; se cumplió socialmente a través de decenas o centenares de

milenios, y sería totalmente absurdo pensar que pueda ser cumplido nuevamente por un solo individuo. Sería como pretender que un individuo pueda no sólo aprender a servirse de los instrumentos y procedimientos, supongamos, de la extracción minera contemporánea, sino recorrer de nuevo y por sí solo toda la historia de tal extracción. Con una fórmula, el absurdo está en que se trataría de recorrer de nuevo e individualmente "toda la historia desde el campo de la extracción minera".¹⁵

Por cierto que es fundada la apreciación oxoniense de la *nursery* como escuela del lenguaje; pero resulta también que buena parte de esas búsquedas atañen solamente al uso de instrumentos ya producidos. En cambio, el estudio de las llamadas "operaciones mentales" que regirían el lenguaje, puede presentarse como el estudio de una introyección individualista que sustituiría lo social. Tal introyección implica la tesis absurda (por cierto un residuo idealista) de que el individuo, por el solo hecho de haber aprendido a servirse de una lengua, ha aprendido la producción lingüística; y como ahora no la sabe, deberá pues haberla *olvidado*. Sería entonces posible llevarlo *de nuevo* al "conocimiento" de lo que hace cuando habla. En realidad, ese conocimiento por cuenta propia no existe; se lo alcanza solamente como resultado de un trabajo específico. Al suponérsela presente pero escondida dentro de lo que hace cada hablante, se la atribuye gratuitamente al hablante mismo —tal vez como extremo *Ersatz* del alma.

En términos de trabajo y productos manipulativos o transformativos (o sea, como se continuó diciendo con una fórmula opositiva, no-lingüísticos), la posición oxoniense consistiría en decir, justamente, que desde la *nursery* comenzamos a aprender a servirnos de todos los objetos producidos por la civilización a la cual pertenece: de cuchillos e interruptores, de llaves y navajas, de automóviles y tocadiscos. Pero consistiría también en el estudio del *uso* de todos estos objetos sin volver la mirada a la producción, sin remitirse

a ella. De este modo los objetos producidos son asumidos como naturales; el llamado a lo que es ordinario, cotidiano y común cobra entonces el carácter de un estudio del mercado; y es un estudio que, precisamente porque se presenta como social mientras se detiene a un nivel de pseudo-naturalidad, nos impide llegar al trabajo social del cual esa pseudo-naturalidad es, en cambio, un producto. En términos de trabajo no-lingüístico, el estudio de las operaciones mentales consistiría en suponer que, al aprender a *servirnos de* cuchillos, interruptores, llaves, etc., también hemos aprendido *ocultamente* los procedimientos con los cuales aquéllos se producen.

Es oportuno recordar que la toma de conciencia de la producción lingüística se pone en movimiento sólo en casos particulares como los siguientes, que resumo aquí de la forma más breve posible: (i) cuando entran en juego relaciones entre dos o más lenguas, o sea traduciendo o enseñando una lengua extranjera; (ii) enseñando a hablar, cuando el niño es inteligente y hace preguntas; (iii) cuando el hablar o el escribir se convierten en un fin, cuya realización presenta dificultades especiales en la expresión y en la comunicación (como han demostrado sobre todo los formalistas rusos; en este caso entra la construcción de mensajes poéticos); sobre todo, en el estudio científico del lenguaje, y en segundo lugar también en el de una lengua dada, o en cualquier momento en que nos proponemos expresamente el fin de darnos cuenta de su funcionamiento. Los factores comunes de este grupo de casos son en primer lugar el hecho de que una lengua dada o un trozo de lenguaje determinado son *colocados* como objetos de la atención; se habla de ellos, y así se convierten en (trozos de) *lengua-objeto*, provisoriamente aislados del resto del organismo lingüístico al cual pertenecen; se suele decir entonces que la lengua *en la cual* se habla de ellos (si la lengua es la misma, el resto de ella; o la parte de ese resto que se está utilizando) funciona como *meta-lengua*. Segundo

factor: se produce luego una *disminución* en el fluir del lenguaje como si estudiásemos un fotograma aislado y la relación entre unos pocos fotogramas aislados en lugar de asistir a la proyección del film del cual forman parte. Ahora bien, estos dos factores están excluidos del uso normal, cotidiano, del lenguaje. Cuando estudiamos expresamente el lenguaje, por una parte es *como si* debiéramos —en lo que atañe al trozo que estudiamos— aprender nuevamente a hablar: quiero decir que se tiene esta impresión también en relación con lo que ya sabemos. Pero, por otra parte, aprendemos algo realmente por primera vez, y solamente como resultado de un estudio específico que consiste en la reconstrucción de cierto proceso hipotético que se desarrolló socialmente en un pasado más o menos remoto. Retomando un ejemplo ya dado: tomamos conciencia de un proceso histórico del tipo del de la extracción minera, pero naturalmente lo esquematizamos en función de la meta presente, y por cierto *no lo volvemos a recorrer ex novo*. Otro ejemplo, un poco extravagante, sería el siguiente: una sola abeja muy inteligente, que se propusiese dar la teoría del sistema sígnico de que se sirven las abejas para señalar la posición de las flores,¹⁶ haría algo nuevo en relación con un proceso que se desarrolla naturalmente para todas las abejas; en cierto sentido esa abeja daría un salto fuera de esa naturalidad. En nuestro caso, en cambio, el proceso es social. Tenemos, en el caso de las abejas, una pseudo-socialidad natural; en el de los hombres, una pseudo-naturalidad social. Por consiguiente, ni siquiera advertimos que se trata de un salto afuera de algo adquirido; mientras que si la abeja lo advirtiera, dejaría de ser abeja.

¿Qué ocurre en el uso normal del lenguaje, que es siempre uso normal de una lengua plenamente poseída como lengua materna? (también si no está poseída del todo se puede continuar distinguiendo entre uso normal y anormal del lenguaje; pero es una normalidad apartada y reducida). Ocurre que, con su entrada en nuevos procesos de trabajo

lingüístico en calidad de *objetos de trabajo* y de *medios de producción*, las palabras pierden el carácter de productos y funcionan ya solamente como factores objetivos del trabajo viviente. El hablante común trata a la palabra solamente como medio con el cual habla y como objeto que elabora hablando. Por cierto que no se puede hablar sin materiales ni instrumentos con los cuales hablar; por lo tanto, cuando se comienza a hablar, la presencia de estos productos se da por sobreentendida. Pero *en este proceso* del hablar es indiferente que las palabras sean *productos de trabajo transcurrido*, "tal como es indiferente, en el acto de la nutrición, que el pan sea el *producto* de los trabajos anteriores del campesino, del molinero, del hornero, etc."¹⁷ Cuando las palabras como medios de producción lingüístico hacen valer en el proceso del hablar "su carácter de productos de trabajo anterior, eso ocurre por medio de sus defectos" (*ib.*) Una palabra que no funciona comunicativamente como quisiéramos, por ejemplo (como se dice) que "no da la idea", nos remite al trabajo lingüístico específico de la producción en la cual ella sirve de instrumento o al de la producción de la cual proviene. En el primer caso se trata del trabajo del hablante individual, en el segundo del de la sociedad que ha construido esa palabra. Es necesario resistir a la tentación de asimilar el segundo caso al primero. El cuchillo que no corta el hilo de coser que se rompe continuamente hacen pensar —al que los utiliza en un nuevo proceso de trabajo— *en otro trabajador*, respectivamente en un cuchillero determinado o en un determinado hilandero. Lo cual equivale al caso de una palabra aislada usada mal en el contexto determinado que estoy examinando. Si hubiese producido yo mismo ese cuchillo antes de utilizarlo para cortar algo, el otro trabajador, aquél contra el cual protesto, sería yo en un momento anterior; y también de esto es fácil imaginar la contrapartida lingüística. Pero decir que una palabra no da la idea en general, que es palabra insuficiente cualquiera sea el que la use y de cualquier forma sea usada, equivale a decir

que ese *tipo* determinado de cuchillo no sirve para esa operación determinada; entonces se usan palabras o cuchillos de otro tipo, e *in extremis* se inventa un tipo nuevo de los mismos. En este segundo grupo de casos el defecto del producto de trabajo transcurrido remite no ya a un solo trabajador sino a la sociedad; y puede tratarse no ya de un defecto sino de una insuficiencia para fines nuevos.

Para comprobar que una palabra no funciona, debo haber aprendido a usarla; de idéntica manera, para comprobar que un cuchillo no corta, debo haber aprendido a usarlo. Pero en ningún caso *debo* (y en la casi totalidad de los casos es indiferente que yo *pueda*) haber aprendido a *producir* los objetos que estoy usando ahora bien o mal, cuyas cualidades o defectos estoy comprobando ahora. Aprender a hablar significa aprender a usar palabras, no a producirlas; los procesos con los cuales las palabras se producen sólo emergen estudiando las lenguas y el lenguaje profesionalmente; aprendiendo y continuando a hablar, encontramos las palabras ya hechas, así como hallamos ya hechos a nuestro alrededor y listos para ser usados, todos los productos del trabajado no-lingüístico.

Referirse a una sola palabra parece ser más artificial que referirse a un solo cuchillo o a una sola madeja de hilo de coser. Se diría que en el caso de lenguaje es mucho más conveniente referirse a grupos coordinados de palabras, por lo cual a menudo (y con razones valederas) se habla de frases o enunciados. Pero tampoco subsiste esta diferencia entre trabajo lingüístico y trabajo no-lingüístico. Dejando de lado el hecho de que, en ambos tipos de trabajo, los productos son *fungibles* (consideramos siempre los *tipos* o *modelos*, no esa palabra aislada o ese cuchillo en particular), también los productos físicos nunca son asumidos aisladamente por todos los demás: por ejemplo un cuchillo, teniendo esas propiedades, sirve para cortar madera, pan, fruta, y así sucesivamente; no sirve para cortar acero o vidrio; por diversas razones no sirve para cortar aire o agua. En el *lenguaje*

de las cosas, todo aquello con lo que el cuchillo puede ponerse en relación en cuanto al hecho de cortar constituye la red de los "enunciados" en los que se lo puede hacer entrar; no se dan "enunciados" propios si se dice que "un cuchillo corta el acero", aun cuando se trate de "enunciados" comprensibles; absurdos, o tal vez metafóricos, son, en cambio, los "enunciados" en que "un cuchillo corta el aire y el agua". En efecto, los cuchillos sirven para cortar madera, pan, fruta, y así sucesivamente; no para cortar acero (en nuestra argumentación resulta indiferente que se llamen o no 'cuchillos' los instrumentos aptos para 'cortar acero'); y en cuanto al aire y el agua, no siendo sólidos, no son en sentido real objetos que pueden cortarse. Obsérvese que aquí no usé la palabra "enunciados" para referirme a los enunciados en los que estamos *hablando del* cuchillo y de sus relaciones; usé el término *al nivel de las cosas* para indicar homológicamente relaciones que se refieren al objeto cuchillo usado por nosotros como tal (y no como objeto de conversación.)

3. El capital lingüístico

El trabajo lingüístico, común por definición a todos los hombres, no puede desarrollarse y no puede ser estudiado si no es en (por lo menos) una lengua determinada. Como se ha dicho, una lengua es un conjunto institucionalizado de productos de un precedente trabajo lingüístico (como tal tiene similitudes, pero también —y mayores— diferencias, con el derecho). Con sus partes constitutivas, o sea con las palabras, sus combinaciones y las reglas para usar tanto las palabras como las combinaciones, la lengua nos proporciona *materiales e instrumentos*, en el sentido técnico de productos de trabajo precedente *sobre los cuales y con los cuales* se trabaja respectivamente. Con estos materiales e instrumentos construimos mensajes que nos sirven para ex-

presarnos y comunicarnos. Los lingüistas, como es sabido, se refieren a menudo a este aspecto de la lengua; una de las declaraciones más explícitas me parece la de G. K. Zipf, que llega a ver "una *palabra* equivalente a un *instrumento* (*tool*) y el *significado* de una palabra equivalente a un *uso* (*usage*) específico de un instrumento en términos de *trabajos* (*jobs*)".¹⁸

Considerar las lenguas como instrumento significa afirmar su carácter de producto de trabajo precedente, que es estudiado a su vez. Pero considerarla *solamente* como instrumento nos lleva a contraponerla a alguna otra cosa como material, por ejemplo a una experiencia no mejor identificada.¹⁹ Resulta entonces difícil explicar la retro-acción del lenguaje (y hasta cierto punto de las mismas lenguas en su diversidad) sobre la variación de la experiencia; y se torna absolutamente imposible afrontar el problema de todo lo que es necesario por ser constitutivo en la acción del lenguaje (y de la lengua) sobre la formación de la experiencia. ¿Qué es esa "experiencia como tal, antes de cualquier intento por transmitirla a los demás",²⁰ que Martinet deja librada a los filósofos, psicólogos y demás "no-lingüistas"? Frente a las dificultades suscitadas por esta "simple" pregunta, caemos en la tentación de decir que la consideración funcional del lenguaje consiste en dejarlas de lado. Sin embargo, es necesario considerar la lengua también como material, o sea como objeto *sobre* el cual se ejercen nuevas elaboraciones. Lo cual, entre otras cosas, contribuye a explicar su infinita "elaborabilidad". Si los instrumentos no fueran también materiales, el armamento instrumental de la lengua nos sería proporcionado de una vez por todas. También en el campo del trabajo no-lingüístico los instrumentos están en continua evolución; se trabaja también sobre ellos, es decir, que se toman como materiales y se obtienen de los mismos productos ulteriores.

Considero que los puntos principales son dos. El primero, como escribe Marx, es que "el hecho de que un *valor de uso*

se presente como *materia prima, medio de trabajo* o *producto* depende exclusivamente (*ganz und gar*) de su *función determinada en el proceso de trabajo* de la posición que ocupa *en el mismo*; y si se cambia esta posición cambian aquellas determinaciones".²¹ El segundo punto es que lo lingüístico y lo no-lingüístico están juntos y se diferencian a través del operar mismo del lenguaje. No puede haber un *no-lingüístico* que sea *no-lingüístico* antes de que haya también un lingüístico.

Además la lengua, en cuanto medio de intercambio universal para cualquier comunicación, presenta también el aspecto —señalado a menudo— del *dinero*, con el cual se compran y venden todas las otras mercaderías.²² Como material, instrumento y dinero, la lengua constituye con toda justicia el *capital constante* de cualquier elaboración lingüística ulterior, o sea de toda expresión y comunicación; y es sólo como capital constante —en los tres aspectos de material, instrumento y dinero— que puede ser entendida. (Los casos de expresión y comunicación hipo— o pre-lingüística, por ejemplo por medio de gritos o gemidos, o también de gestos mudos, no deben dejarse de lado por cierto; pero como no son lingüísticos en el sentido de que no se sirven de una lengua como sistema, quedan excluidos del presente estudio).

El capital lingüístico constante es algo muerto si no se le añade un *capital variable* constituido por la fuerza operativa lingüística suministrada por los hombres que hablan y entienden esa lengua en la que se expresan y comunican —estén en la posición del hablante o escribiente o en la del oyente o lector (en términos de comunicación: de emisor o de receptor). El añadido del capital variable al capital constante se capta con claridad, por ejemplo, si se considera qué hace un lingüista cuando llega a interpretar una lengua muerta: es como el que entra a una fábrica abandonada y vuelve a poner en marcha las máquinas cuyo funcionamiento ha comprendido.

El capital constante y el variable reunidos constituyen el *capital lingüístico total* por medio del cual se produce la comunicación. La comunicación es producción y circulación de mensajes en el ámbito de una comunidad lingüística. Los mensajes transmitidos pueden agotarse en el acto de la recepción, o sea del consumo o fruición lingüísticos: en el trabajo lingüístico así como en el no-lingüístico, hay casos en que el consumo tiende a fundirse con la producción. O también los mensajes pueden, por así decirse, retro-actuar sobre el capital constante de la comunidad lingüística, ocasionando modificaciones en las palabras y combinaciones de palabras que constituyen la lengua, y en las reglas para usarlas y combinarlas. Apenas es necesario añadir que el término 'constante' se refiere sólo a algo relativamente tal si se lo compara con lo variable. Las lenguas cambian continuamente, tal como lo hacen los capitales no-lingüísticos.

Se presenta aquí un interesante pseudo-problema. ¿De dónde provienen originariamente las palabras? Por cierto que de mensajes que dejan tras de sí un residuo instrumental. Pero ¿con qué están contruidos estos mensajes si no ya con palabras? Parece formarse un círculo vicioso que puede inducir a preguntarnos si al principio fue la palabra o el mensaje. La lógica de esta pregunta no es diferente de la famosa cuestión en torno del huevo y de la gallina. Los dos pseudo-problemas se resuelven si se consideran las antinomias que parecen constituirlos como totalidades que provienen de totalidades precedentes. Probablemente, la totalidad palabras-y-mensajes, típica del trabajo lingüístico, remite a una precedente y menos compleja totalidad signos-y-mensajes, típico de un trabajo sígnico-comunicativo que se encuentra todavía tanto entre los hombres como entre los animales. (Dicho sea de paso: hay semejanzas interesantes entre los conceptos de signo y célula, palabra y semilla o célula reproductiva, mensaje y organismo). También en este caso, por otra parte, el trabajo no-lingüístico viene a ayudarnos con analogías: la mano es ya un instrumento con el

cual se producen instrumentos; y el primer instrumento, con el cual se ha trabajado, fue producido por el trabajo.

Volviendo a los mensajes, otro camino que pueden seguir es el de amontonarse y disponerse en forma de capital de más alto nivel, disponible para ulteriores y más complejas elaboraciones lingüísticas a desarrollarse con esa lengua y dentro de esa comunidad: me refiero obviamente al patrimonio literario, prevalente pero no exclusivamente escrito, de toda comunidad lingüística. Dentro de los límites en que es posible traducir, estos patrimonios ya están en gran medida traducidos; y dentro de esos mismos límites son traducibles; y de cualquier manera ejercen influencias recíprocas. Es éste pues el momento de decir que, además de los mercados lingüísticos nacionales correspondientes a las distintas lenguas, la pluralidad de las lenguas y los intercambios que se producen entre ellas determinan varios mercados lingüísticos internacionales y tienden a constituir un único mercado lingüístico planetario. Las formas como acogemos mensajes traducidos de otras lenguas presentan en realidad notables afinidades con las formas como recibimos mercaderías importadas de otros mercados.

4. *El mercado lingüístico*

La totalidad de los mensajes que intercambiamos hablando una lengua determinada constituye una comunidad lingüística, o sea la sociedad entendida globalmente y considerada bajo el aspecto del habla. Los conceptos de lengua y de comunidad lingüística indican dos elementos recíprocamente necesarios en el ámbito de una totalidad considerada como la misma. Decir solamente que se implican mutuamente sería incompleto; además sería inexacto, porque una lengua puede sobrevivir a su propia comunidad lingüística originaria cuando es estudiada en el ámbito de otra comunidad lingüística —así como sobreviven los productos del trabajo

no-lingüístico y una fábrica abandonada puede ser destinada a nuevos trabajos.

Una comunidad lingüística se presenta como una suerte de *inmenso mercado, donde palabras, expresiones y mensajes circulan como mercaderías*. Podemos preguntarnos cuáles son las regularidades que rigen la circulación de las palabras y expresiones y de los mensajes, comenzando con los *valores* según los cuales aquéllos son *consumados e intercambiados*.

Mientras que los productos del trabajo no-lingüístico no cubren de ningún modo todo el campo de los objetos aptos para satisfacer necesidades no-lingüísticas, *todos* los signos lingüísticos son por definición productos del hombre mismo. Usando algunos términos de manera estática e incluso dialéctica: existen "en naturaleza" objetos "no producidos" y "precedentes" al "hombre" o "independientes" de él, como el aire y el agua, que satisface justamente sus necesidades más fundamentales. Pero sólo los signos llamados "naturales" pueden equipararse a los productos llamados "naturales": ni unos ni otros son productos en sentido propio, o sea de trabajo específicamente humano. El hecho obvio de que, sin la actividad de un organismo que los "interprete", ni siquiera los signos más rudimentarios serían signos, tiene el mismo alcance que otro hecho igualmente obvio: que sin la identificación, la toma de posesión y el consumo por parte de un organismo, ni siquiera objetos como el aire o el agua servirían para satisfacer necesidades. Todo lo cual no sólo no contradice el carácter de producto de los signos *lingüísticos*, sino que inclusive da una indicación útil precisamente para demarcar después la mera actividad y diferenciarla del trabajo.

Es característico de todos los productos del trabajo humano el hecho de poder asumir un valor diverso del que le corresponde por su capacidad de satisfacer necesidades, es decir, diverso de su *valor de uso o utilidad*. Es el valor comúnmente llamado *de intercambio* (en el § 5 se señalará la distinción entre valor de intercambio y *valor a secas*).

Incluso los recordados objetos no-lingüísticos, naturales en el sentido de no producidos, asumen un valor de intercambio cuando se convierten en una determinada medida de los productos mismos: por ejemplo el aire introducido en una bombilla para usos especiales, o el agua transportada a un desierto (se trata de elaboraciones manipulativas, no transformativas en sentido estricto). Es el valor de intercambio de los productos lo que hace de ellos *mercaderías*. Tal valor emerge cuando dos o más (tipos de) productos entran en una determinada relación entre sí, justamente la relación que rige el intercambio mercantil ya al nivel del *trueque* y cuyos desarrollos constituyen un *mercado*. Téngase mucho cuidado: no es el valor el que *deriva* del intercambio: es el intercambio el que se hace según el valor. El valor deriva del hecho de que los productos son precisamente productos, o sea, en última instancia, del trabajo humano suministrado para hacer existir esos productos y "que se ha cristalizado" en los mismos.

Tal como los demás productos del trabajo humano, las palabras, las expresiones y los mensajes tienen un valor de uso o de utilidad en la medida en que satisfacen necesidades; en este caso, las necesidades fundamentales de expresarse y comunicarse con todas las estratificaciones cambiantes que se acumularon históricamente y se encadenaron a su alrededor. Sin signos lingüísticos no se satisfacen tales necesidades *al nivel humano*. Una vez aceptado el concepto del lenguaje como trabajo, la primera hipótesis de investigación que se presenta es que también las palabras y expresiones son usadas, y los mensajes transmitidos y recibidos, no sólo según su valor de uso, sino también y principalmente según su valor de intercambio. En una primera aproximación: en el caso de las palabras y expresiones, el valor de intercambio se buscará en las relaciones recíprocas en que aquéllas entran dentro de la lengua de la que forman parte; en el caso de los mensajes, el mismo se buscará en su transmisión y recepción en el ámbito de una comunidad lingüística, o sea en su

circulación dentro de un mercado lingüístico que ellos mismos constituyen.

Esta terminología de los valores, obtenible en los textos de los economistas clásicos, y sobre todo en Marx sobrevive justamente entre los lingüistas; para éstos es común equiparar el *valor* de una palabra o expresión, y también de un mensaje, con su *significado*. El habla común, en la medida en que puedo observarlo en italiano y en algunas otras lenguas europeas occidentales, también nos ayuda en este aspecto con muchas expresiones idiomáticas y refranes. Es difícil considerar estas analogías como meramente accidentales; y es curioso que se les haya prestado tan poca atención (el propio Saussure, a pesar de hablar ampliamente de ello, no parece poseer una teoría del trabajo lingüístico, la cual solamente podría dar una fundamentación a su teoría del valor lingüístico).²³ Podría arguirse que el campo del valor lingüístico corresponda enteramente al del significado: de manera ligeramente más concreta, que 'tener un valor' tenga el mismo valor que 'tener un significado' (que 'valer algo' equivalga a 'significar algo'). Hasta aquí, puede andar. Pero es necesario agregar inmediatamente que la torta de todo lo que es (o tiene) valor lingüístico se divide en rodajas que no corresponden de ninguna manera a las tradicionales rodajas en que se acostumbraba dividir o todavía se divide la torta del significado. Otra diferencia es que el valor lingüístico es introducido aquí a cierto nivel de elaboración de una estructura general; mientras que es típico de las teorías del significado que aquél sea considerado la base de toda una estructura, la cual es construida después para explicar el significado mismo. Sería por consiguiente engañoso, por lo menos en este estadio, intentar parangones entre éste o aquél tipo de significado y entre éste o aquél tipo de valor lingüístico.

Digamos más bien que los tipos de valor lingüístico a distinguir constituirían una nueva subdivisión, operada dentro del campo tradicionalmente indicado por el uso genérico de

'significado' (como *meaning* o *Bedeutung*); y que la teoría del valor lingüístico como producto del trabajo lingüístico es un intento por explicar el significado reduciéndolo a alguna otra cosa. De este modo también la eventual sospecha de que los valores lingüísticos no deben ser llamados "de uso" y "de intercambio", es alejada como algo meramente dialéctico. Parafraseando el célebre pensamiento de Wittgenstein, "El significado de una palabra es su uso en la lengua",²⁴ la línea de esta investigación consiste entonces en afirmar no sólo que el significado de una palabra es su *valor* o mejor sus *valores* en la lengua, sino también y sobre todo que tales valores se reducen al trabajo humano que los hace lo que son. La noción de uso lingüístico es incluida así en la de trabajo lingüístico, que como parte de la de trabajo posee ya una estructura articulada; no se pierde la importante distinción entre uso y significado (sobre la reductibilidad del segundo al primero *incluso* Wittgenstein anticipaba reservas);²⁵ y no se corre el riesgo de ver en el uso solamente lo que se hace con un producto ya producido, es decir el riesgo de confundir el uso con el intercambio o con el consumo —como se decía que ocurría habitualmente entre los analistas de la escuela oxoniense.

En el mercado lingüístico cada palabra, expresión o mensaje se presenta como *unidad* de valor de uso y valor de intercambio. Debe, en efecto, tener un valor de uso, o sea estar en condiciones de satisfacer cualquier necesidad comunicativa, para poder asumir un valor de intercambio; pero para lo contrario debe presentarse como valor de intercambio para que sea posible remontarnos a su valor de uso y gozar del mismo. Es a través de una compleja dialéctica entre los dos tipos de valores, que cuando yo te digo una cosa, tú la comprendas. Dejo de lado aquí la elegante cuestión acerca de si para que se dé tal dialéctica es o no suficiente un valor de uso solamente expresivo.

Cuando examinamos palabras, expresiones o mensajes desde el punto de vista y en función de dos tipos de valor, de uso

y de intercambios, que se hallan encerrados en los mismos, llamamos que la noción de trabajo lingüístico es despedazada a su vez en correspondencia con los valores que está llamada a justificar: la determinación del valor de intercambio debe recurrir a una noción de trabajo diferente de la que sirve para determinar el valor de uso.

Los valores de uso satisfacen las variedades de las necesidades. El trabajo lingüístico que las determina debe ser pues un trabajo que varía y se diversifica con la variación de sus productos: un trabajo concreto y específico, que da productos diversos. En el campo de lo lingüístico, es el mismo tipo de trabajo que en el campo de lo no-lingüístico produce bienes, es decir, cosas útiles como valores de uso: objetos y situaciones con determinadas propiedades aptas para satisfacer necesidades humanas. Las palabras y expresiones y los mensajes, como cosas útiles, sirven para satisfacer necesidades expresivas y comunicativas como expresarse, remarcar, connotar, informar, referir, calificar, ordenar, rogar, razonar, conectar entre sí varios trozos del mismo material lingüístico, y así sucesivamente. En la literatura del análisis lingüístico contemporáneo comienza a advertirse la exigencia de estudiar el funcionamiento lingüístico desde el punto de vista de la satisfacción de las distintas necesidades expresivas y comunicativas; pero el inmenso trabajo ya desarrollado, en general se ha limitado a éste o a aquel aspecto del funcionamiento en cuanto tal.

La determinación de los valores de intercambio, más sencilla de lo que habitualmente los lingüistas hacen creer, no presenta, como investigación desarrollada en forma descriptiva y *a posteriori*, las dificultades que parecen oponerse a la determinación de los valores de uso. Pero la noción del valor de intercambio y del tipo de trabajo lingüístico que lo justifica es más difícil de captar. Sobre ella puedo adelantar aquí solamente algunas breves observaciones. El recién nacido se encuentra inmediata e inevitablemente rodeado por todas las cosas útiles que la sociedad ha

producido ya y continúa produciendo según determinados modelos. Lo cual se refiere indiferentemente a los productos del trabajo lingüístico y a los del no-lingüístico. El niño hallará palabras y expresiones ya opuestas entre sí en el sistema para él pre-constituido de la lengua que está aprendiendo como materna; luego le resultarán también globalmente opuestas —como partes operantes dentro de ese sistema— a todas las palabras y expresiones de cualquier otro sistema del mismo tipo, es decir a cualquier otra lengua. Para ambos tipos de trabajo, los modelos son planificaciones sociales de satisfacciones de necesidades. El niño aprende a servirse de los productos y por consiguiente, en cierta medida, vuelve a poner en funcionamiento también los modelos a los que se atiene socialmente; pero por cierto no tiene conciencia del trabajo específico que antecede a la producción según un modelo, y mucho menos aprende la construcción de modelos nuevos (esto último lo logrará, y sólo bastante parcialmente, mucho más tarde; y únicamente si aprenderá a fondo y con originalidad determinadas profesiones). Como ya se vio, los objetos producidos de acuerdo a modelos, en la mayoría de los casos sólo son usados en su (nueva) inmediatez, como materiales e instrumentos; como tales, pertenecen a sistemas institucionalizados según regularidades sociales no necesariamente conectadas con las reglas que constituyen las susodichas planificaciones, y muy a menudo totalmente opuestas a las mismas. Ya sea en el mundo de las mercaderías como en el de las palabras, son estas regularidades, no las reglas operativas para la satisfacción de las necesidades, las que rigen el intercambio y la circulación y que determinan el valor de intercambio de los objetos producidos. En cuanto a su valor de intercambio, mercaderías y palabras se presentan separadas de las operaciones que, a pesar de todo, las producen.

Lo que todas las palabras, expresiones y mensajes tienen en común cuando se prescinde de su valor de uso, es justamente el seguir siendo palabras, expresiones y mensajes, o sea

meros resultados del trabajo lingüístico.²⁶ Observando el mercado lingüístico, comprobamos que todos hablan; todos están en condiciones de usar palabras y expresiones y de producir mensajes. Lo cual es independiente de la relación particular de cada palabra-como-producto con el trabajo lingüístico específico que determinó su valor de uso. Dada la existencia de una lengua hablada por cierto grupo humano, y del relativo mercado lingüístico, se da aquí un fenómeno que podremos bautizar "inevitabilidad del significar":²⁷ el hecho de que la comprensión se da como algo natural (es la pseudo-naturalidad social de la que ya se ha hablado), o sea el hecho de que un oyente no puede no comenzar a interpretar de una manera dada una expresión emitida por un hablante de su misma comunidad lingüística, cualquiera sea luego la interpretación ulterior que él suministrará de esa misma expresión en función de la variación de los contextos y de sus inclinaciones personales.²⁸ Si digo o escribo 'agua', el lector no entiende "tierra" o "fuego", y si digo 'si...entonces...', no entiende "ni...ni..." o "igual por definición a...". Ninguno de nosotros, como hablante, tiene el poder personal de substraerse a esa situación. Pero de ello no se concluye de ningún modo que el lector o yo seamos dueños de los procesos de elaboración lingüísticos con los que aquellas palabras y expresiones son producidas. Más aún, es justamente discutiendo que nos damos cuenta de la inmensa complicación de esos procesos y que hallamos el desacuerdo más grave sobre su naturaleza efectiva y su alcance, y por consiguiente, también sobre la naturaleza y el alcance de sus resultados. Todos nosotros sabemos usar corrientemente esos mismos términos sobre los cuales se desencadena desde hace miles de años la discusión entre científicos y filósofos: términos como 'número', 'causa', 'deber', 'parte', 'movimiento' y muchísimos otros. (Se vuelve a ver aquí el posible engaño escondido en la jerga de los usos lingüísticos: en un sentido importante, saber usar una palabra no significa de ninguna manera conocer

su funcionamiento —en este sentido, el consumo no es producción).

La capacidad de hablar y de entender el valor de intercambio de palabras, expresiones y mensajes es una mera erogación de fuerza de trabajo lingüístico: es decir que se trata siempre de trabajo lingüístico, pero considerado en su abstracción, como actividad productiva genérica e indiferenciada. Es en función de este tipo de trabajo lingüístico que los valores lingüísticos de intercambio se determinan como diferentes de los valores lingüísticos de uso. Se entrevé una apertura a esta determinación cuando se considera cómo algunas personas que “hablan mal”, “conocen poco el idioma”, “no logran expresarse de manera convincente”, etc., pueden estar en condiciones de comprender a fondo éste o aquél sector del trabajo lingüístico específico como productor de valores lingüísticos de uso. Todos nosotros conocemos poetas balbuceantes, lógicos que confunden las oraciones, analistas del lenguaje que parecen afásicos, etc.; son casos que recuerdan a los del mal comerciante o del banquero frustrado que demuestran ser artesanos excelentes en solamente uno de los innumerables campos en que se ejerce la capacidad de producir algo.

5. Sobre la dialéctica de los valores lingüísticos

La oposición entre valor de uso y valor de intercambio usada hasta este momento es totalmente insuficiente no sólo frente a la inmensa complejidad del lenguaje sino también sobre la medida de lo que resulta de la mera impostación de una teoría del trabajo-valor lingüístico. En este ensayo debo mencionar por lo menos dos integraciones inmediatamente necesarias.

La primera se refiere al hecho de que la oposición hasta ahora referida casi indiscriminadamente a “palabras, expresiones y mensajes”, es, en cambio, examinada para cada uno

de los casos; la segunda, al hecho de que, como sabe bien cualquiera que conozca la teoría marxista del trabajo-valor, los valores no son dos sino tres. Ambas integraciones están estrechamente eslabonadas; de modo que, después de haberlas diferenciado rápidamente, hablaré de ellas conjuntamente.

1) La dialéctica que hallamos en la oposición de valor de uso y valor de intercambio está presente a varios niveles del trabajo lingüístico y de sus productos. Estos niveles están presentes al mismo tiempo, y entre ellos se da un círculo; pero es útil distinguirlos para hacer su análisis. Al *nivel de cada palabra aislada*, hallamos una *primera oposición* entre un significado y un significante: el trabajo lingüístico de la *semantización* da como producto la palabra como su unidad. Transfiriendo a este nivel la dialéctica entre uso e intercambio, tal vez se pueda ver una forma embrionaria del valor de uso en el significado y del valor de intercambio en el significante (los cuales, recordémoslo, siempre están juntos). Considerando la palabra como ya formada, ésta presenta una *nueva oposición* de valor de uso y valor de intercambio, sobrepuesta a la precedente. Puesto que en la realidad no se dan palabras aisladas (lo cual no debe confundirse con el *uso aislado* de una palabra), estamos ya *al nivel de las palabras al plural*, tal como se presenta una junto a la otra en el ámbito de una lengua. El valor de uso de una palabra en la lengua es su uso: un significado como algo externo a la palabra no existe. Pero puesto que cuando usamos una palabra la usamos justamente como aquella unidad de significante y significado, el uso que podemos hacer de ella depende a su vez de las propiedades que ella posee. La palabra como unidad de significante y significado es un producto de trabajo lingüístico, y su uso es trabajo lingüístico posterior. El valor de intercambio que la palabra tiene en la lengua proviene de su entrar en relación con otras palabras. A esto me refería cuando agregaba constantemente al término ‘palabras’ el término ‘expresiones’ (más vasto que ‘frases’ o ‘enunciados’). Tenemos luego una *tercera oposición* entre valor de

uso y valor de intercambio al *nivel de la comunicación* (producción y circulación de mensajes): comenzando por el mero hecho de que cuando yo digo una cosa tú la comprendes. Los saltos dialécticos principales son pues *dos*, *entre los tres* niveles siguientes: (i) Cuando una palabra aislada es usada, ya es una unidad de trozos juntados sintéticamente, ya tiene el valor que proviene del hecho de ser un producto de tal trabajo de síntesis. (ii) Cuando dos o más palabras son unidas en una expresión, cada una de ellas se relaciona con las demás dentro de la expresión según el valor de uso y el valor (de intercambio) que tiene en la lengua: es decir que las palabras obran entre sí con sus valores, y son estas acciones las que forman la unidad de la expresión. (iii) Un mensaje implica a su vez una dualidad de valor de uso y de valor (de intercambio) cuando es transmitido y recibido. 'Quiero beber un vaso de agua' es un mensaje que posee un valor de uso y un valor (de intercambio) en el proceso del intercambio lingüístico —sin que se deba reconsiderar cada vez los valores de las palabras que concurrieron a formarlo.

2) Se debe distinguir entre *valor de uso* y (simplemente) *valor* de cada palabra, expresión o mensaje individualmente considerados; y hallar su valor de intercambio en la institución de relaciones entre ellos. (Para evitar confusiones debidas a la presencia del término 'valor' en los tres casos, se podría substituir a veces 'utilidad' a 'valor de uso' y, como veremos, 'posición' a 'valor'). Conviene ver aquí las precisiones que Marx hizo en las "Rand glossen zu A. Wagners *Lehrbuch der politischen Okonomie*" de 1881-82. Marx parte no ya del valor, sino de la mercadería: ésta es la "*figura concreta social* del producto del trabajo". Analizando la mercadería "en la *forma en que ella aparece* (in der *Form, worin sie erscheint*)", encontramos primeramente la oposición entre valor de uso y valor de intercambio; pero luego "un análisis ulterior de este último... muestra que el valor de intercambio es solamente una "forma fenoménica"

un modo de presentación independiente del valor contenido en la mercadería".²⁹ Se descubre por consiguiente que en realidad la mercadería es valor de uso y "valor" (usaré estas comillas para distinguir el valor del valor de intercambio), y este descubrimiento es posible en la medida en que la mercadería *aparece* como valor de uso y valor de intercambio, o sea que tiene una forma fenoménica independiente, representativa de su "valor". Una mercadería adquiere su propia forma fenoménica, y su "valor" se expresa en la relación de mercaderías diferentes (uno de los lugares donde este pasaje está formulado con mayor claridad es "La forma del valor" de 1867).³⁰ La operación equivocada que Marx reprocha a Wagner consiste en el hecho de partir del valor y subdividirlo en valor de uso y valor de intercambio: como si el ente valor existiera por cuenta propia y pudiésemos captarlo en cuanto tal. La operación correcta consiste en cambio en el hecho de *hallar dentro de la mercadería* la oposición entre valor de uso y "valor"; el valor de intercambio es una forma fenoménica del segundo.

Uniendo en un contexto único ambas integraciones, veamos su aplicación al nivel de las palabras (al plural). En cuanto distinto del valor de uso, el "*valor*" de una *palabra* puede ser entendido *como su posición dentro de la lengua*, tal como el "valor" de una mercadería es su posición dentro del mercado (no obstante lo cual lengua y mercado no son pensados antes que las palabras y las mercaderías). La mercadería no es solamente un objeto físicamente considerado; es un objeto en relación potencial con el hombre porque está dotado de propiedades aptas para satisfacer una necesidad; de manera semejante, la palabra como unidad de significante y significado implica la propiedad de poder ser usada para la comunicación, y en esto reside su valor de uso. La posición es puesta en evidencia por el valor de intercambio que la palabra asume cuando entra en relación con otras palabras.

Cuando Saussure, frente a *redouter*, *craindre* y *avoir peur* se pregunta expresamente cuál es el valor de cada una de esas palabras y concluye que "elles n'ont de valeur propre que par leur opposition; si *redouter* n'existait pas, tout son contenu irait á ses concurrents, etc.",³¹ es evidente que no está indagando lo que cada una de esas palabras quiera decir, cuál es su *significado*, o sea qué trabajo lingüístico específico ha constituido esas tres relaciones significante-significado. Si se lo preguntara, no podría negarle un valor independiente de su oposición. En cambio, Saussure se pregunta cuál es el valor de ellas *en el campo semántico que compite a las mismas*; y lo halla representado por su oposición recíproca, es decir, por su valor de intercambio: "la valeur de n'importe quel terme est déterminée par ce qui l'entoure..."; "Un signe dépend d'un système de signes"... Toutes les grandeurs dépendent les unes des autres".³² El "valor" de las palabras depende pues de la manera como el trabajo lingüístico abstracto se subdivide para constituer ese campo semántico. Cuando hacemos esta consideración cuantitativa, nos referimos al trabajo en general como mera erogación de fuerza humana de trabajo lingüístico, constitutiva de la substancia de valor y medidora del valor de intercambio. Es por esta razón que, si *redouter* no existiera, todo su contenido pasaría a sus concurrentes: porque la *misma cantidad* de trabajo lingüístico abstracto, si continúa siendo erogado, se distribuiría entre dos y no entre tres elementos. Sin embargo, Saussure no nos habla de lo que aquí presuponemos, es decir justamente del *trabajo que continúa siendo erogado*; y globalmente, su concepción sigue siendo una concepción individual del trabajo, aun cuando se refiera a la sanción social que tal trabajo debe recibir o al hecho obvio de que la lengua es un producto social.³³ El Saussure "oficial", en el trozo citado, también parece querer decir que *hay* un campo semántico dividido en tres significados; pero si éstos no fueran ya significantes-significados, reunidos

en esa manera específica del trabajo lingüístico concreto de la comunidad, el problema ni siquiera se plantearía.

Se puede observar que el "valor" de las palabras se mide mediante el trabajo lingüístico medio socialmente necesario,³⁴ si se considera que el valor *total* de una lengua no puede ser otra cosa sino el trabajo social total de la comunidad que habla esa lengua. Como generalmente no es posible, en cualquier lengua normalmente desarrollada, tener presente en el mismo instante, o siquiera en el transcurso de una sola investigación, la posición de una palabra aislada (su "valor") en relación con todas las demás palabras de esa lengua, tal posición es determinada estudiando el limitado *campo semántico* de la palabra. Todo campo semántico pertenece a su vez a campos semánticos más vastos;³⁵ y así sucesivamente hasta la totalidad semántica de esa lengua. El camino opuesto consiste en subdividir la lengua en categorías organizadas según algún criterio, para hacer alojar después en la misma varias clases de palabras. La individuación de los mismos campos semánticos parciales demuestran que debe recurrirse en parte a tales subdivisiones.

Supongamos que una comunidad de animales disponga de una sola señal, por ejemplo de peligro. Toda la actividad signica de la comunidad estaría dirigida a la emisión y recepción de esa única señal. Actualmente esa actividad ya puede ser vista de dos maneras: según su calidad, es decir según los procesos fisiológicos, conductistas, ecológicos, o cualesquiera éstos fueran, que la hacen lo que es y en los que ella consiste, o bien según su cantidad. Si las señales son dos, por ejemplo una para el peligro y otra para la presencia de alimento, el planteo se complica pero no cambia: tendremos la calidad de las actividades desarrolladas para cada una de ellas, es decir dos procesos diversos; y tendremos la cantidad de actividad global, divisible en las cantidades que compiten separadamente en los dos tipos de señales. En otras palabras, dada *toda* la actividad signica desarrollada, se encontrará por ejemplo que dos tercios de la

misma producen señales para el alimento y un tercio señales para el peligro. Las señales pueden usarse separadamente: diremos entonces que la cantidad de actividad erogada para uno de los dos tipos es igual a la cantidad total *menos* aquella con la cual se eroga el otro tipo de señal. Está claro que, ni bien entran en juego estas consideraciones cuantitativas, las diferencias cualitativas entre los dos procesos deben ser apartadas. Es ésta una primera situación rudimentaria en la que nosotros los hombres podemos reconocer un embrión de oposición entre valor de uso y "valor" en cada uno de los dos tipos de señales.

Un paradigma más complicado nos lo ofrece la hipótesis de una comunidad humana de ningún modo primordial (o tal vez deberíamos decir de una comunidad casi-humana), en la que toda la "lengua" consistiría en solamente tres grupos de señales centradas en las nociones de pedir, aceptar y rechazar. Si luego designo estos tres grupos con las palabras 'deme', y 'sí' y 'no', es evidente que me sirvo de una prolexis bastante atrevida, pues uso mi lenguaje como meta-lenguaje en comparación con aquella "lengua" —objeto primordial. En el caso descrito, todo el trabajo lingüístico de la comunidad se distribuye entre esos tres grupos de señales, determinando su "valor" según la cantidad de tal distribución. Los tres grupos de señales constituyen tres campos semánticos donde se agota esa "lengua"; asumen por consiguiente un valor recíproco de intercambio que depende de esa cantidad. Lo cual está indicado por las combinaciones posibles de señales pertenecientes a grupos diferentes: a una señal del grupo 'deme', se responde con una señal del grupo 'sí', excluyendo el grupo 'no', o viceversa. A una del grupo 'sí' se responde con otra del mismo grupo o con una del grupo 'no', pero resulta inútil responder con una del grupo 'deme'. Y así sucesivamente. Lo importante es que el grupo de señales provisoriamente excluido continúa existiendo: es esto justamente lo que determina el "valor" del grupo del que se usa una señal. (Se habrá notado también que el examen de

las relaciones entre los grupos constantemente nos remite al campo de lo no-lingüístico).

Ciertamente, si una palabra no tuviera un determinado valor de uso, no tendría tampoco sus posibles valores de intercambio. Si 'perro' no sirviera para distinguir los perros de los lobos, y en otra dirección, de los gatos, no sería posible reunir 'lobos' y 'perros' como 'caninos' en cuanto distintos de los 'felinos', o 'perros' y 'gatos' como 'animales domésticos' en cuanto distintos de los 'salvajes'; y si 'blanco', 'negro' y 'marrón' no sirvieran para distinguir determinados colores, no sería posible decir que 'este perro es marrón' mientras que 'aquél es blanco y negro'. Las conjunciones, oposiciones e implicaciones de las palabras ponen en evidencia su "valor", es decir la posición que cada una de ellas tiene en la lengua; lo que remite ulteriormente a la existencia de un valor de uso de las mismas. Sin embargo, decir que 'perro' sirve para distinguir (entre otras cosas) los perros tanto de los lobos como de los gatos, no significa que estamos haciendo referencia a los procedimientos complejos de distinción y catalogación con los que el valor de uso lingüístico, bajo la forma de aquella unidad de significante y significado, se ha formado en la praxis de una comunidad, la cual justamente desarrollando ese trabajo *se ha convertido* en una comunidad de hablantes. Cuando usamos una palabra según su valor de intercambio con otras palabras, presuponemos siempre que tiene un valor de uso; pero no por esto retomamos aquellos procedimientos.

Para que el "valor" de una palabra se *convierta extrínsecamente* en valor de intercambio, es necesario que entre en juego el *habla*, es decir, el uso efectivo de la lengua para fines expresivos y comunicativos. Ahora bien, el habla remite siempre a lo ya hablado y hasta lo incluye: se va desarrollando, con y en la lengua institucionalmente entendida, usando las combinaciones que la misma permite; y lo ya hablado siempre presupone un habla transcurrida. El valor de intercambio, por lo tanto ya es hallado en la lengua como mo-

delo del mercado de todos los intercambios, es decir, de todos los mensajes posibles en la misma. También aquí nos ayuda la comparación con las mercaderías y el mercado en sentido general; la ecuación de valor ' x mercadería A = y mercadería B' no se refiere a un acto efectivo de trueque: es una fórmula que expresa el núcleo dialéctico, la estructura de todo trueque posible. De igual modo, la ecuación de valor lingüístico 'A es B' —donde 'A' y 'B' son dos palabras y 'es' es una tercera palabra que indica una operación que atañe a las dos primeras (o mejor, es tal operación por cuanto está ya representada por la relación entre las dos primeras, como en 'Carlos ríe') —no se refiere a un mensaje comunicado efectivamente: solo es una fórmula que expresa el núcleo dialéctico de cualquier mensaje posible.

También aquí, pues, como sucedió con las mercaderías, el valor de intercambio es la *forma fenoménica del valor*, que se realiza en el habla (incluyendo, en el sentido establecido, lo ya hablado en cuanto referido) como forma externa de la relación social entre los hablantes de por lo menos dos palabras. Tal relación equivale a la que se establece entre por lo menos dos hablantes: tal como "para que se convierta en mercadería el producto debe ser transmitido al otro, al que le sirve como valor de uso, mediante el intercambio".³⁶ "El valor de intercambio al singular no existe";³⁷ y es a través del habla que se expresa o manifiesta la oposición, inherente a toda palabra, entre valor de uso y "valor". La frase es el mensaje posible; esta posibilidad se funda en el cruce dialéctico de los valores que las palabras dan a la lengua.

Recordando que la lengua resulta de una producción en común, consideremos el siguiente trozo de Marx:

"Los medios de producción consumidos en común ceden al producto individual una parte menor constitutiva de su valor, en parte porque el valor total que ceden se distribuye simultáneamente sobre una masa mayor de productos. en parte porque *entran* en el proceso

de la producción con un valor que de ninguna manera es mayor, pero que, teniendo presente su esfera de acción, es relativamente menor que el de los medios de producción aislados".³⁸

En italiano todos dicen comúnmente 'dame agua' o 'el agua es límpida'. Un consumo tan común de tales medios de producción lingüística distribuye su valor sobre un alto número de mensajes. El valor de estos medios no es de ningún modo mayor, pero se vuelve relativamente menor si consideramos su esfera de acción. Le ocurre lo contrario al que dice cosas inusitadas como por ejemplo 'agua teñida y nieve', 'no excusas de abrir el corazón a las aguas de la paz', o 'una montaña... alegre de agua y de follaje':³⁹ el valor en la medida en que proviene de medios aislados de producción se dirige totalmente a ese producto, a ese mensaje. Podría ser el comienzo de una argumentación donde las teorías modernas sobre el consumo de los objetos artísticos estén fundadas sobre la teoría articulada del trabajo lingüístico que los ha producido.

De lo que se dijo hasta aquí, sobre todo en este párrafo, sobre los valores lingüísticos, conviene dar algunos otros ejemplos que en su inmediatez culturalmente intuitiva pueden resultar más útil que el discurso abstracto. Son ejemplos que pertenecen a lo que he llamado el nivel de las palabras al plural, es decir, de la expresión o enunciación; más particularmente se refieren a la definición y al juicio de valor, casos particulares pero importantísimos de enunciación. Se trata de aplicar a tales casos la ecuación más simple y fundamental, ' x mercadería A = y mercadería B'. Consideremos esta definición que también es un juicio de valor:

'Dios es el ser omnipotente'

Aquí la cantidad (x , y) está reducida a uno para ambos términos: hay un solo Dios, y él es el único ser omnipotente. Sería fácil cuantificar, por ejemplo, aduciendo que los dioses, o cierto tipo o número de dioses, son seres omnipotentes; o también graduando el poder de varios seres divinos.

El valor de uso de las palabras 'ser omnipotente' resulta un equivalente de la palabra 'Dios'; como tal "borra" su valor de uso, reflejando y expresando solamente su "valor". 'Dios' asume ese valor de intercambio con respecto a 'ser omnipotente', y puede ponérselo en la circulación lingüística como portador de tal valor. En términos de trabajo, la grandeza del trabajo humano lingüístico medio (en una sociedad dada) con el que se mide a 'Dios' (la importancia de 'Dios' en esa sociedad) se pone en evidencia al colocar a 'Dios' en relación con el valor de uso de 'ser omnipotente'. La oposición interna en la mercadería lingüística es representada por una oposición externa. El enunciado (frase) como unidad ha sido creado, y podrá ser usado como mensaje.

Generalizando, puede decirse que ello corresponde a una de las maneras en que las palabras se introducen en la lengua por medio de la definición, y al mismo tiempo da la siguiente definición de un tipo de definición: dos palabras o grupos de palabras son colocados en una ecuación que determina entre ellos una relación, en virtud de la cual el segundo grupo como valor de uso pone en evidencia el valor de intercambio del primero "borrando" al mismo tiempo su valor de uso; el signo de la relación está representado por la cópula 'es', o por 'tiene', o por otro verbo o signo lingüístico indicador de la parte activa del primer término de la ecuación. (Para la interpretabilidad del signo '=' en términos lingüísticos, remito al ensayo fundamental de Vailati *La grammatica dell' algebra*).⁴⁰

A través de la *forma de valor total o desplegada* (la que Marx expresa con la ecuación múltiple 'z mercadería A = u mercadería B o bien = y mercadería C... etc. '), pasamos a la *forma general de valor*, donde cierto número de mercadería expresa su propio valor por medio de una única mercadería excluida. La mercadería excluida, sobre la cual como valor de uso se realiza la medición del valor de intercambio de todas las otras mercaderías como tiempos de trabajo objetivado, corresponde lingüísticamente al tér-

mino conocido de una serie definitoria. Tenemos un buen ejemplo en las siguientes definiciones del Arte:

'El arte es intuición, o sea sentimiento encerrado en imagen, o sea momento teórico particular del Espíritu'.

Lo que quiere decir que el arte se mide como término ignoto con el resto como términos conocidos, e invirtiendo, que puede ser el único término conocido de la serie. De este modo Benedetto Croce introdujo en el mercado lingüístico el valor de intercambio "el arte como intuición, o como sentimiento encerrado en imágenes, o como momento teórico particular del Espíritu". Después de lo cual los discípulos de Croce pudieron escribir "el arte, que como se sabe es intuición, etc.", tal como hubieran podido escribir "diez libras de té, que como se sabe valen veinte brazas de tela, etc." También el mercado lingüístico, como puede verse, se halla entre las cosas que "el tiempo disfraza".

6. Alusión a la alienación lingüística

En la dialéctica aludida aquí entre valor de uso y valor (de intercambio) de palabras, expresiones y mensajes, y entre los dos tipos de trabajo lingüístico correspondientes, está la raíz de un tipo de alienación a la cual han aludido varios escritores y que bajo varios nombres parece estar presente como objeto de estudio en muchas corrientes, filosóficas y no filosóficas, del pensamiento contemporáneo; pero, que yo sepa, nunca fue colocada en el centro de un programa unitario de investigación: *la alienación lingüística*. Es necesario pues (i) agregar este tipo de alienación a los otros tipos de alienación ya conocidos y estudiados (alienación religiosa, filosófica, política, social y económica; e, individualmente especificada en relación con todas ellas, la alienación

de los alienados de la que se ocupan los psico-patólogos); (ii) descubrir en la alienación lingüística el elemento que une los diferentes "defectos del lenguaje", sobre los cuales varias corrientes de la filosofía contemporánea han desarrollado por separado un inmenso trabajo de análisis, con una teoría general de la sociedad. En otras palabras, puede retenerse que la alienación lingüística constituye el terreno común, contemporáneamente lingüístico y no-lingüístico, individual y social, de los diferentes intentos por descubrir en el mal funcionamiento del lenguaje la raíz de muchísimos males comenzando por las pseudo-ciencias filosóficas y metafísicas. Se trata no sólo de comprobar que el lenguaje, como decía Wittgenstein, "se va de vacaciones";⁴¹ sino también de preguntarse por qué se va. A este "por qué" no se responde solamente con la denuncia de ciertas desviaciones de los paradigmas afirmados precedentemente o propuestos en el campo de esta o de aquella lengua considerada como un sistema auto-suficiente, ya sea frente a los demás sistemas lingüísticos, ya frente a los sistemas no-lingüísticos; y tampoco se responde construyendo por cuenta propia un modelo cualquiera de cómo el lenguaje *debería* ser. Estas formas ideológicas inconscientes son muy audaces: yo llamaría mercantilista a la primera y neo-capitalista a la segunda. Para comenzar a responder, hay que considerar lo lingüístico en el ámbito de lo sígnico y relacionar lo lingüístico. En efecto, no hay lenguaje sin sociedad, ni viceversa; y el primero es una forma y expresión de la segunda; es en el lenguaje, o con más amplitud en el signo, donde la sociedad *se manifiesta*. Tal vez estos sean lugares comunes; pero no creo que los que estudian la lengua y el lenguaje expresen siempre sus consecuencias.

Una de las hipótesis de investigación, a la cual considero que se debe recurrir para estudiar la alienación lingüística, es que el hablante viene a hallarse en una posición análoga a la del obrero individual no-lingüístico. Al convertirse en obrero, éste no sigue ya el proceso operativo y productivo

al cual, a pesar de todo, pertenece. Las fases de una elaboración dada, que constituían el trabajo personal del artesano, se articulan en otras tantas fases exteriores a la persona, para quien la fábrica primero y toda la producción capitalista después se convierten en una especie de reproducción inhumana, en escala cada vez más vasta, del hombre como trabajador.

A la objeción de que todos poseen en común los bienes de la lengua mientras que solamente unos pocos poseen los bienes económicos, es decir que no se da la *propiedad privada* de la lengua, creo que puede comenzarse a responder de la manera siguiente:

(i) Cuando Jakobson nos advierte que "la propriété privée, dans le domaine du langage, ça n'existe pas: tout est socialisé",⁴² a mi entender, se coloca en una posición tan unilateral por lo complementaria, como la de un economista que sostuviera que capital y mercado *se forman desde el comienzo, y son constitutivamente, privados e individuales*. A lo cual, en economía, se objetaría inmediatamente que puede aislarse un capital como privado justamente porque el capital es un hecho público, es decir porque son públicos los instrumentos, los materiales y el dinero: y que puede obrarse individualmente en el mercado justamente porque el mercado es un hecho social. La idea de un capital y de un mercado económico originaria y constitutivamente privados e individuales es una idea absurda. Pero el mismo tipo de argumentación, sin cambiar el orden de los términos, vale para el lenguaje: es justamente porque la lengua como capital lingüístico constante es un bien público y social, y porque la comunidad, es decir el mercado lingüístico es una realidad pública y social, que pueden aislarse una propiedad lingüística privada y un uso lingüístico individual (o de grupo).

Los puntos esenciales son por consiguiente tres: primero, que tiene sentido hablar de privado y de individual si no se habla al mismo tiempo de público y de social, y viceversa;

segundo, que *se llega* a todas estas nociones sólo en la medida en que se hace evidente una *oposición entre* individual y social y entre privado y público; y tercero, que el surgimiento de tal oposición procede de lo que *es* constitutivamente público y social (aun cuando todavía no resalte como tal, lo que ocurre al formarse la oposición —por ejemplo no ocurre, o sólo ocurre embrionariamente, en las *comunidades* animales); y *no viceversa*. Pero una vez que esta dialéctica está bien clara, nada impide, antes bien aconseja, estudiar la formación de lo privado y de lo individual y su retroacción sobre la situación pública y social de partida; y esto tanto en economía como en lingüística general. Sobre este punto, también para el lenguaje, es plenamente explícito el Marx de los *Grundrisse*.⁴³

(ii) Sobre esta base, puede decirse que el proceso de elaboración lingüística y con más razón el proceso total de la producción y de la circulación lingüística, se convierten en algo externo al hablante individual justamente al asumir la forma institucionalizada de un capital y de un mercado lingüísticos que ningún hablante puede cambiar a gusto. El hablante, por así decir, es llamado al servicio por la sociedad en que nace: se le pide e impone erogar su fuerza de trabajo lingüístico y se le enseñan obligatoriamente las modalidades de la erogación: debe usar productos ya existentes, consumirlos reproduciéndolos inconscientemente según modelos que de tal manera son confirmados y perpetrados. Aun cuando logre rechazar tales modelos, la pena que debe pagar consiste ni más ni menos que en la expulsión de la sociedad lingüística: no aprendiendo a hablar, o hablando un lenguaje desviado personalmente, ya no es entendido ni logra hacerse entender. Es la *muerte lingüística* o *muerte comunicativa*, tan grave como la muerte de hambre o la muerte civil de los trabajos forzados, sufrida por los dementes y por los afásicos crónicos y que se manifiesta por lo menos como una posibilidad para cualquiera que intente caminos lingüísticos radicalmente nuevos.

Como repetidor de modelos obligatorios o supra-personales, el obrero lingüístico se halla en la situación de no saber *qué hace* cuando habla, de no saber *por qué* habla *cómo habla*, y de pertenecer a procesos de producción lingüística que lo condicionan desde el principio, que lo obligan a ver el mundo de una manera determinada y que le dificultan el trabajo original o simplemente distinto.

Una página solemne y desesperada del joven Marx nos hace meditar sobre todo esto:

El único lenguaje comprensible que hablamos entre nosotros es el que nuestros objetos hablan entre sí. Ya no comprendemos un lenguaje humano, éste ha perdido su efecto; por una parte es visto y sentido como ruego, como súplica, como *humillación*, y por consiguiente es proferido con una sensación de vergüenza y de repulsión; por la otra es tomado y rechazado como *impudicia* o *locura*. Estamos tan recíprocamente extrañados del ser humano, que el lenguaje inmediato de este ser nos parece una *ofensa a la dignidad humana*, mientras que en cambio el lenguaje alienado de los valores objetivos nos parece una justificada dignidad humana que tiene confianza en sí misma, que se reconoce a sí misma.⁴⁴

Milán, junio de 1965.

NOTAS

1. KARL MARX: *Frühe Schriften*, Erster Band, her. von Hans-Joachim Lieber und Peter Furth, Stuttgart: Cotta, 1962, *Ökonomisch-philosophisch Manuskripte*, Dritte Manuskript, S. 588; *Opere filosofiche giovanili*, trad. de G. della Volpe, Roma: Editori Riuniti, 1963, Terzo manoscritto, p. 221; trad. de N. Bobbio solamente de los *Manoscritti economico-filosofici del 1844*, Torino: Einaudi, 1949, p. 116.
2. *Ibidem*, *Kritik der Hegelschen Dialektik und Philosophie überhaupt*, S. 645; trad. G. Della Volpe pp. 263 y 264, Bobbio pp. 172 y 173.

3. Es sorprendente cuán poco se ha hecho por una clasificación orgánica de los distintos tipos de trabajo que el hombre está en condiciones de desarrollar, y de la estructura interna del trabajo considerado en su generalidad operativa. El texto fundamental sigue siendo el quinto capítulo del primer libro del *Kapital*, al cual nos referiremos más adelante. Sobre un terreno en parte (aunque nunca manifiestamente) marxista, en parte operativo (por Dingler más que por Bridgman), pero más aún gentiliano, se movían las investigaciones a este respecto de SILVIO CECCATO, sobre todo en la década del cincuenta [reunidas ahora en el segundo volumen de sus obras: *Un tecnico fra i filosofi*, II: *Come non filosofare*, Padova: Marsilio, 1966]. De escasa ayuda (¿sorprendentemente?) son los economistas posteriores, o sea, en general, los marginalistas: como puede verse, por ejemplo, en LINDLEY M. FRASER: *Pensiero e linguaggio nella scienza economica*, Torino: UTET ("Storie e dottrine economiche, 5"), reeditado en 1953, XI, 9 y XIII, 1-4; EUGEN VON BÖHM-BAWERK: *Teoria positiva del capitale y Excursus*, trad. e intr. de T. Bagiotti, Torino: UTET, ("Sociologi ed economisti, 20"), 1957, I, I, especialmente en las p. 9-12, incluyendo la nota 1 en la p. 11, donde se condensan problemas dignos de un desarrollo muy distinto; LUDWIG VON MISES: *L'azione umana*, trad. y pres. de T. Bagiotti, Torino: UTET ("Sociologi ed economisti, 27"), 1950, I, IV y *passim*. Algo mejor puede obtenerse de antropólogos y arqueólogos. A título de ejemplo, consúltense ARNOLD GEHLEN: *Der Mensch*, Frankfurt-Bonn: Athenäum, 1962, Introducción: 5 y 6, para la distinción del hecho de operar (en el sentido de *Handlung*) partiendo del lenguaje y partiendo de los impulsos (en el sentido de *Antriebe*); y los célebres libros de GORDON CHILDE [a quién nos referiremos más adelante]. Del campo de los estudios sociológicos tomamos como ejemplo la "teoría de la acción de TALCOTT PARSONS, tal como se la encuentra en *La struttura dell'azione sociale*, trad. de M. A. Giannotta, intr. de G. Poggi, Bologna: Il Mulino ("Scienze sociali, 11"0, 1962, originales de 1937 y 1949, pero aún más en el ensayo "Values, Motives and Systems of Action", escrito en colaboración con EDWARD A. SHILS y aparecido en el volumen *Toward a General Theory of Action*, revisado por los mismos Parsons y Shils, Harvard University Press, 1951 [ahora también como Harper Torchbook, The Academy Library, reedición 1965]: de la cual, sin embargo, parece poderse decir que se refiere a acciones ya vistas como sociales, que ya tienen como objeto algo de social, y que sólo en función de este interés se

articula en operaciones intrínsecas a la acción humana en general y a sus diferentes tipos. (Véase cap. V).

4. ARISTOTÉLE: *Etica nicomachea*, I, 1, 1094; también VI, 4, 1140; además *Grande Etica*, II, 12, 1211 (Ambas trad. por A. Plebe, Bari: Laterza, 1965).
5. Cfr. las Lecciones de "Realphilosophie" dictadas en Jena en 1805-6, y también las de 1803-4; ahora en G. W. F. HEGEL: *Jenenser Realphilosophie*, al cuidado de J. Hoffmeister, Leipzig: Meiner, I: *Vorlesungen von 1803-1804* (XIX de los *Sämmtliche Werke*), 1932; II: *Vorlesungen von 1805-1806* (XX de los S. W.), 1931. Una anticipación en el *System der Sittlichkeit* de 1802 (ahora en *Sämmtliche Werke*, vol. VII): *Schriften zur Politik und Rechtsphilosophie*, al cuidado de G. Lasson, 2ª ed. revisada, Leipzig: Meiner, 1932, pp. 415-499; trad. de A. Negri en G. W. F. HEGEL: *Scritti di filosofia del diritto (1802-1803)*, Bari: Laterza, 1962, pp. 127 ss. Y también en el llamado "Fragmento sistemático" de Frankfurt de 1800, ahora en *Hegels theologische Jugendschriften*, al cuidado de H. Nohl, Tübingen, 1907, pp. 345-351; trad. de ENRICO DE NEGRI: *I principi di Hegel*, Firenze: La Nuova Italia, 1949, pp. 24-41. Para una interpretación polémica pero estimulante, sobre todo GYÖRGY LUKACS, *Der Junge Hegel. Über die Beziehungen von Dialektik und Ökonomie*, Zürich-Wein: Europa Verlag, 1948 [ahora también vol. VIII de los *Werke* en edición Luchterhand], II, 4-5 y III, 5-7; trad. de R. Solmi: *Il giovane Hegel e i problemi della società capitalistica*, Torino: Einaudi, 1960.
6. KARL MARX y FRIEDRICH ENGELS: *Die deutsche Ideologie (1845-1846)*. Berlin: Dietz Verlag, 1962, Band III de los *Werke* de Karl Marx y Friedrich Engels, pp. 9-530, cfr. p. 30; trad. de F. Codino, Roma: Editori Riuniti, 1958, cfr. p. 27.
7. JOSEPH VENDRYES: *Le langage. Introduction linguistique à l'histoire*, 1ª ed., París: Renaissance du Livre, 1921, p. 283 (2ª ed., París, Michel, 1950; ed. 1968, pp. 267-8).
8. JOSHUA WHATMOUGH: *Language. A Modern Synthesis*, New York: A Mentor Book (The New American Library), 1957, página 102.
9. FERDINAND DE SAUSSURE: "Notes inédites de F. de S.", *Cahiers F. de Saussure*, XII, 1954, pp. 49-71; "Cours de linguistique générale (1908-1909). Introduction (d'après des notes d'étudiants)", *Cahiers F. de Saussure*, XV, 1957, pp. 6-103 (las pp. 3-5 contienen un prólogo de R[obert] G[odel]).

10. *Die deutsche Ideologie*, cit., Dietz III, p. 30.
11. GILBERT RYLE: "Use, Usage and Meaning", *Proceedings of the Aristotelian Society*, Supplementary Vol. XXV, 1961, pp. 223-230; cfr. las pp. 223, 224, 226, 229.
12. Cfr. *Significato, comunicazione e parlare comune*, Padova: Marsilio, 1961. cap. IV y VI; y las obras precedentes indicadas allí en la nota 4, p. 33.
13. BENJAMIN LEE WHORF: *Language, Thought, and Reality*, selected writings, edited and with an Introduction by John B. Carroll; Forewords by Stuart Chase; New York: John Wiley, 1956 (1959). Se trata de la famosa tesis sobre la "relatividad lingüística", tan difícil de sostener como de rechazar.
14. LEONARD BLOOMFIELD: *Language*, New York: Holt, Rinehart and Winston, 1964 (1933), cfr. 2. 2., p. 24.
15. También en este contexto deben verse sobre todo trabajos de antropólogos, p. ej. la "paleontología del lenguaje" propuesta por ANDRE LEROI GOURHAN en *Le geste et la parole, I: Technique et langage*, París: Albin Michel, 1964, especialmente pp. 161-166; y las explicaciones de GORDON CHILDE sobre el uso de productos precedentes, p. ej. en *Man Makes Himself*, New York: The New American Library, 1961 (1936, 1941), especialmente el capítulo II.
16. KARL VON FRISCH: *Aus dem Leben der Bienen*, Berlin-Göttingen-Heidelberg: Springer Verlag, 1953.
17. KARL MARX: *Das Kapital*, vol. I. Berlin: Dietz Verlag, 1962, Band XXIII de los *Werke* de Karl Marx y Friedrich Engels, cap. 5, p. 197. Trad. de D. Cantimori, Roma: Ediciones Rinascita, 1956, 3 volúmenes, vol. I, pág. 201.
18. GEORGE K. ZIPF: "The Repetition of Words, Time-Perspective, and Semantic Balance", *The Journal of General Psychology*, XXXII, 1945, pp. 127-148, cfr. p. 147. Pero las observaciones originales de Zipf (1902-1950) se hallan en los dos volúmenes *The Psycho-Biology of Language*, Cambridge, Mass.: The M.I.T. Press, 1965 y *Human Behavior and the Principle of Least Effort. An Introduction to Human Ecology*, New York and London: Hafner, 1965. [Pero véase también aquí, más adelante, pp. 157-160, una crítica de la equiparación de instrumentos y palabras].
19. Confrontar también el ANDRE MARTINET más reciente: *La considerazione funzionale del linguaggio*, trad. de G. Madonia.

Bologna: Il Mulino, 1965, pp. 41-42 y 48 (*A Functional View of Language*, Oxford: Clarendon Press, 1962).

20. *Ibidem*, p. 41.
21. *Das Kapital*, cit., Dietz XXIII, p. 197; ed. it., cit., I/1, p. 201.
22. Véase p. ej. FRANCIS BACON: *De Augmentis scientiarum*, en *Opere filosofiche*, al cuidado de E. De Mas, Bari: Laterza, 1965, Libro VI, I, vol. II, p. 288. O también, pasando a un autor contemporáneo y para hacer sentir concretamente en qué ambientes diversos se llega con intuiciones y comprobaciones similares, he aquí un trozo importante de BRUNO LEONI extraído de "Obbligo e pretesa nella dogmatica, nella teoria generale e nella filosofia del diritto", en *Studi in onore di Emilio Betti*, Vol. I: Metodologia, Ermeneutica, Problemi generali; Milano: Giuffrè, 1962, pp. 541-567: "Los lenguajes son, en cierto sentido, como las monedas, y el lenguaje —considerado en general— podría ser comparado justamente con la moneda en general. Hay varios tipos de moneda, de distinto cuño y metal, o de papel, o de otro material, diversas a través de países y tiempos infinitos: es posible *cambiarlas* entre sí, al menos dentro de ciertos límites; además es posible *falsificarlas*, por lo menos, también en este caso, dentro de ciertos límites, y finalmente es posible *producir nuevas* y presentarlas al mercado. Hay muchos lenguajes, de naturaleza distinta, de signos distintos, diferentes, también ellos, a través de países y tiempos infinitos; es posible intercambiarlos, es decir *traducirlos* a otros lenguajes; es asimismo posible *falsificar signos y lenguajes* con el fin de engañar a aquéllos a quienes el lenguaje está dirigido, y hacerles creer que tenga significados diversos de los que realmente tiene; por último es posible (o por lo menos es aún posible para muchos, si no para todos) *producir nuevos y genuinos*, y presentarlos a los semejantes como signos y lenguajes a adoptar.

"En ambos casos, el de la moneda y el del lenguaje, el éxito de los traductores, de los falsificadores y de los productores de nuevas monedas o de los que postulan nuevos lenguajes, se debe, si se lo considera bien, a la misma razón: *o sea al hecho de que existen, dentro de los límites en que existen, mínimos significados comunes que son atribuidos respectivamente al lenguaje y a la moneda por todos los que están interesados en el proceso lingüístico y en el monetario.*

"Los lenguajes son, en efecto, *traducibles*, así como las monedas son *intercambiables*, a condición de que tengan *un valor o significado común* (que para los lenguajes es la posibilidad de transmitir, por ejemplo, informaciones iguales o semejantes, cualquiera sea el

lenguaje particular usado, y que para las monedas es la posibilidad de adquirir, por ejemplo, bienes iguales o semejantes, cualquiera sea la moneda particular que tenemos que gastar).

“Además, el que falsifica monedas puede hacerlo solamente a condición de explotar (para su exclusivo provecho) el valor común que, por error, el que recibe la moneda falsa atribuirá a esta última y a la moneda buena, tal como el que habla en un lenguaje falso y engañoso puede hacerlo a condición de que explote, para su exclusivo provecho, el significado común que el interlocutor atribuirá por error a la misma palabra usada por el que lo engaña y por aquéllos que no lo engañan. Por último, el que acuña moneda nueva puede hacerlo o podía hacerlo con éxito, es decir que puede o podía vérsela aceptar así como la gente aceptaba la vieja, a condición de que respetara, para beneficio suyo y de los demás, el valor que tenía la moneda antes de la nueva acuñación; por ejemplo, usando también para la nueva moneda la misma aleación y el mismo tipo de los metales ya usados para la vieja.

“Lo mismo le ocurre al que propone un uso relativamente nuevo y convencional de una palabra; tendrá éxito, es decir que será escuchado y comprendido, únicamente con la condición de que se respeten, por lo menos dentro de ciertos límites, los significados usuales de la palabra que propone, o por lo menos de las palabras con las que define la palabra que propone y que son comparables a los metales que constituyen la aleación de una moneda de nuevo cuño. Resumiendo, lo que hay de común y de relativamente permanente en el lenguaje, o respectivamente en la moneda, permite una cantidad de operaciones que parecerían prescindir de ese elemento común, o directamente desmentirlo, y que, juzgadas superficialmente, podrían inducir a pensar que nada generalmente común existe entre las distintas monedas por una parte y los distintos lenguajes por la otra, y que existen infinitas monedas e infinitos lenguajes” (pp. 547-548).

23. FERDINAND DE SAUSSURE: *Cours de linguistique générale*, publié par Charles Bally, Albert Sechehaye et avec la collaboration de Albert Riedlinger, Paris: Payot, 1915, reedición 1964: capítulos III y especialmente IV. [Véase la traducción de T. de Mauro, Bari: Laterza, 1967 y la edición crítica al cuidado de Rudolf Engler, Wiesbaden: Harrassowitz, 1967 y ss.]
24. LUDWIG WITTGENSTEIN: *Philosophische Untersuchungen*, Oxford, Blackwell, 1953 (hay también una traducción inglesa, globalmente poco útil, de G. E. M. Anscombe): cfr: I, 43°.
25. *Ibidem*, I, 138° y II, XI, p. 215.

26. También en Wittgenstein se hace alusión a esta intuición; cfr. *ibidem*, I, 11°, 12° y 13°; II, XI, p. 224.
27. También en este caso puede indicarse una intuición de Wittgenstein: cfr: *ibidem*, I, 98°.
28. Es la distinción entre “significados de partida” y “significados aditivos”, sobre lo cual en *Significato, comunicazione e parlare comune*, cit., cap. VII.
29. KARL MARX: “Randglossen zu A. Wagners *Lehrbuch der politischen Ökonomie*”, Dietz XIX, pp. 355-383, de donde he citado; una traducción parcial en los *Scritti inediti di economia politica* di KARL MARX al cuidado de M. Tronti, Roma: Editori Riuniti, 1963. Cfr. Dietz, p. 369, ed. it., p. 175.
30. En *Scritti inediti di economia politica*, cit., cfr. p. 133.
31. *Cours de linguistique générale*, cit., p. 160; ver también ROBERT GODEL: *Les sources manuscrites du Cours de linguistique générale de F. De Saussure*, Genève-Paris: Droz-Minard, 1957, p. 90.
32. *Cours*, cit., p. 160; y respectivamente “Cours de linguistique générale (1908-1909)”, cit., p. 20.
33. Véanse sobre todo los apuntes del Curso de 1908-1909, cit.
34. *Das Kapital*, cit., vol. I, cap. 5, Dietz XXIII, p. 204; ed. it., cit., I/1, p. 208.
35. Véanse por ejemplo, JOST TRIER, *Der deutsche Wortschatz im Sinnbezirk des Verstandes. Die Geschichte eines sprachlichen Feldes*, I: Von den Anfängen bis zum Beginn der 13. Jh., Heidelberg: Winter, 1931; y ERNST LEISI: *Der Wortinhalt. Seine Struktur im Deutschen und Englischen*, Heidelberg: Quelle & Meyer, 1961. A éstas y a otras investigaciones similares deben añadirse algunas útiles presentaciones panorámicas como las de STEPHEN ULLMANN: *The Principles of Semantics*, Oxford, Blackwell, 1951, 2ª ed. 1957 (reedición 1963), y a un nivel más elemental *Semantics. An Introduction to the Science of Meaning*, Oxford: Blackwell, 1962 (ahora también en traducción italiana de A. Baccarani y L. Rosiello, con una introducción del mismo Rosiello, Bologna, Il Mulino, 1966).
36. *Das Kapital*, cit., vol. I, cap. 1, Dietz XXIII, p. 55; ed. it., cit. I/1, p. 53.
37. “Randglossen...”, cit., Dietz XIX, p. 358, q. v.; ed. it., cit., página 167.
38. *Das Kapital*, cit., vol. I, cap. 10, Dietz XXIII, p. 334; ed. it., cit., I/2, p. 21 (traducción italiana retocada).

39. Respectivamente: *Inferno* VI, 10; *Purgatorio* XV, 131; *Inferno* XIV, 98.
40. GIOVANNI VAILATI, "La grammatica dell'algebra" (*Rivista di psicologia applicata*, 1908), en *Scritti*, Firenze: Leipzig, Seeber-Barth, 1911, pp. 871-889 (ahora también en *Nuova Corrente*, 38º, 1966, pp. 131-157).
41. *Philosophische Untersuchungen*, cit., I, 38º.
42. ROMAN JAKOBSON: *Essais de linguistique générale*, al cuidado de Nicolas Ruvet, París: Editions de Minuit, 1963, "Le langage commun des linguistes et des anthropologues", cfr. p. 33. Nótese en cambio, que cuando poco antes declara que "l'échange verbal, comme toute forme de relation humaine requiert au moins deux interlocuteurs", confirma justamente aquella homología entre intercambio de mercaderías e intercambio de mensajes, de alguno de cuyos aspectos trata este ensayo. (Los *Essais* también han sido traducidos al italiano, al cuidado de Luigi Heilmann, Milano: Feltrinelli, 1966).
43. Cfr. más adelante pp. 108-109 y 121-122.
44. Appunti su James Mill" de 1844-45, en *Scritti inediti di economia politica*, cit., p. 25; traducción de M. Tronti de *Marx-Engels Gesamtausgabe*, I, 3, Berlin: Dietz, 1932, Zweiter Teil, pp. 530-547.

II

SOBRE EL LENGUAJE VERBAL Y NO-VERBAL*

In alles, was der Mensch zu dem Seinigen macht, hat sich die Sprache eingedrängt.

HEGEL

1. Nota preliminar

EN EL ENSAYO precedente comencé a desarrollar un esquema teórico que *puede verse* como una aplicación de la economía al lenguaje: más específicamente, como una aplicación de algunas categorías de la ciencia económica en su fase clásica, es decir ricardiano-marxista, a la estructura de una lengua y a su uso práctico-comunicativo. Estas descripciones, no inexactas al nivel de las fórmulas, puede dar lugar a equívocos. Puede pensarse por ejemplo en la mera aproximación de dos disciplinas diversas, la economía y la lingüística, asumidas cada una por cuenta propia, tal como se han desarrollado —lo que termina por querer decir: en una determinada fase de su desarrollo y solamente en esa. Mi esfuerzo, en cambio, se dirigió hacia una elaboración desde el interior de esas dos formas fundamentales del comportamiento humano social, que con fórmulas provisionarias pueden identificarse como producción y circulación de los bienes (en forma de mercaderías) y como producción y circulación de los enunciados (en forma de mensajes). Aun cuando estas dos formas suelen presentarse en campos separados, como objetos de estudio de diversas disciplinas, opino que son "lo mismo" por lo menos en el sentido en que lo son las dos ramas principales de un mismo árbol. El

* Las páginas siguientes provienen de un párrafo anterior y de dos párrafos posteriores a los que se publicaron bajo la forma del ensayo precedente (Aparecido en *Nuova Corrente*, 37º, 1966, pp. 5-23).